

ARREPENTIMIENTO PARA LA VIDA

por

David W. Dyer

Traducción: Sergio H. Aracena Ramírez
Revisión: Deise F. Aracena Ramírez y Daniel Añez

***PUBLICACIÓN:
MINISTERIO GRANO DE TRIGO***

ARREPENTIMIENTO PARA LA VIDA

Traducción: Sergio H. Aracena Ramírez

Revisión: Deise F. Aracena Ramírez y Daniel Añez
Portada: John D. Dyer

www.granodetrigo.com
e-mail: davidwdyer@yahoo.com

Primera edición en español, enero del 2021.

Todas las citas bíblicas se tomaron de la traducción en español de la Biblia Reina-Valera, revisada por Cipriano Valera, en su versión RVR-1960; de las SOCIEDADES BÍBLICAS UNIDAS. Las citas que no siguen esa regla son mencionadas.

VITÓRIA, Brasil, enero del 2021.

ÍNDICE

1. ARREPENTIMIENTO PARA LA VIDA.....	9
2. EL PROCESO DE ARREPENTIMIENTO.....	31
3. LA VERDAD QUE NOS LIBERA.....	47
4. EL JUICIO VENIDERO.....	75

PREFACIO

En Proverbios 1:7, leemos que: “El principio de la sabiduría es el temor de Jehová; (...)”. Aquí, aprendemos que, para comenzar a tener “conocimiento” —que debe incluir conocimiento sobre la Persona de Dios—, debemos tener algo esencial llamado “el temor del Señor”.

¿Qué es ese temor? Es un respeto reverente a Dios. Es la percepción de Su ilimitado poder. Es la conciencia de que Su pureza y santidad representan un estándar en el cual debemos vivir (I Pe 1:16). Es el conocimiento interior de que, algún día, seremos juzgados por Él debido a nuestras acciones, palabras e incluso nuestros pensamientos. Es algo que, cuando se comprende correctamente, nos hace temblar delante de Su poderosa presencia. Es un sentimiento que nos lleva a buscarlo para limpiar nuestras vidas y estar listos para cuando Él regrese.

Sin embargo, gran parte de la Iglesia de nuestros días parece ignorar ese temor. Aquellos que temen Su palabra (Is 66:5) parecen ser una minoría. El temor del Señor, que debería ser fundamental para todo, es tratado como si estuviese obsoleto o como si fuese algo solamente destinado a los cristianos estrictos, rígidos y legalistas.

Esa falta de temor da como resultado muchos creyentes que viven en pecado. Sus vidas no son puras ni santas. No reflejan el carácter de Cristo en su vida diaria. Muchos están cometiendo pecados sexuales. Otros están viciados con remedios o drogas ilegales. Otros son deshonestos, iracundos, irritables, no cumplen sus promesas y/o piensan solamente en sí mismos. Otras personas todavía se hacen abortos en secreto, pasan horas viendo todo tipo de pornografía,

odian a sus hermanos, no perdonan a aquellos que los han ofendido y todavía se declaran convertidos a Cristo.

¿Cómo puede ser que la Iglesia que Jesús quiere recibir para Sí sin mancha ni arruga (Ef 5:27) esté llena de impurezas, inmundicias y pecados? ¿Cómo es que aquellos que profesan el nombre del Señor no se apartan de la iniquidad? (II Tm 2:19). Además de no apartarse, parece que muchos, inclusive los que hablan desde el púlpito, están fortaleciendo ese tipo de comportamiento mundano.

Sin embargo, todavía hay esperanza. Los creyentes necesitan orar con urgencia hoy, pidiendo a Dios que, por Su misericordia, nosotros, Su pueblo, podamos llegar a conocer el temor del Señor. Está escrito: "(...) Y con el temor de Jehová los hombres se apartan del mal" (Pr 16:6). Si, por la gracia de Dios, llegáramos a experimentar ese santo temor, nuestras vidas serían transformadas. Nos sentiríamos ansiosos de buscar Su rostro. Seríamos impulsados a clamar por Su salvación y por la purificación total de nuestro ser.

¿Cómo podemos tener más temor del Señor? Mirándolo a Él. Aprendiendo más sobre quién es Él. Vislumbrando Su poder y Su gloria.

El temor del Señor se obtiene cuando se entiende verdaderamente Su palabra, se recibe más revelación acerca de Sus propósitos y se conoce más perfectamente la voluntad de Él para con Su pueblo.

Este pequeño libro tiene el propósito de satisfacer esa necesidad. Es una pequeña reflexión sobre lo que este autor comprende como uno de los fundamentos perdidos del Evangelio. Oro para que Dios lo use para hablar a la vida de los lectores y guiarlos a tener una íntima relación con Él que transforme sus vidas.

D.W.D.

“(...); desde el profeta hasta el sacerdote todos practican el engaño. Y curan la herida de la hija de mi pueblo con liviandad, diciendo: “Paz, paz”, ¡y no hay paz!” (Jer 8:10c, 11; RVR 1995).

"Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti" (Is 43:2; RVR 1995).

1.

ARREPENTIMIENTO PARA LA VIDA

"(...) Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!" (Hch 11:18; RVR 1995).

El versículo citado muestra una sucesión de eventos. Indica una acción que resulta en el recibimiento de un beneficio. La acción es llamada "arrepentimiento". El beneficio se describe como "vida".

Este proceso fue algo que experimentaron todos los participantes de la iglesia primitiva. El hecho de que esta incluía tanto a los judíos como a los gentiles se indica mediante la palabra "también". Era algo básico y esencial por lo cual ellos pasaban y lo consideraban fundamental para ser creyentes en Jesús.

Esa experiencia constituía la prueba para los creyentes judíos y, posteriormente, para los gentiles, de que se habían convertido genuinamente. Para ellos, el arrepentimiento y el recibimiento de esta vida eran el centro del mensaje de Jesús.

Así como en los días del libro de Hechos, hoy también es imperativo que cada creyente entienda ese proceso y pase igualmente por él. Todos necesitamos pasar por dicho proceso para que nuestra fe sea genuina y sus beneficios sean completamente comprendidos y experimentados.

Para que recibamos la totalidad de las bendiciones que son nuestras en Cristo, es esencial que comprendamos con precisión lo que se expresa en el versículo citado en el inicio. Con este propósito,

pasaremos un tiempo investigando algunos de sus términos.

¿QUÉ VIDA ES ESTA?

Para comenzar, ¿cuál el significado exacto de la palabra "vida"? Todo habitante de la tierra ya tiene una especie de vida, de lo contrario, no estaría aquí. Entonces, ¿qué tipo de vida es esa que requiere nuestro arrepentimiento para que la tengamos? Obviamente, es algo que las personas naturales aún no tienen. Es algo que todavía necesitan recibir.

Quizás algunos piensen que esa "vida" se refiere a la futura vida en el Cielo, pero no es este el caso. Otros pueden imaginar que es una extensión de su vida humana, que no morirán, sino que permanecerán vivos para siempre. De cualquier manera, este tampoco es el significado.

Otros podrían suponer que este tipo de vida es una mejoría de su existencia humana, como un aditivo de gasolina que les podría dar más potencia y kilometraje. Pero ese tampoco es el significado de "vida". ¡La vida mencionada en ese versículo es la preciosa vida de Dios!

Podemos estar seguros de eso debido al uso de una palabra especial para "vida" en el texto original en griego. Esa palabra específica es lo que nos permite entenderlo verdaderamente. La palabra "vida" viene de un vocablo griego peculiar: "ZŌE". Esta palabra fue escogida por los autores del Nuevo Testamento para referirse a la vida del propio Dios. Entonces, se entiende que la vida que pretendemos recibir es la vida de otra persona, la vida del mismísimo Dios.

La lengua española tiene solamente una palabra para vida, pero el griego es mucho más complejo. Hay varias palabras para referirse a diferentes tipos de vida y distinguirlos entre sí. Todos los creyentes deberían conocer esa distinción, porque influye en gran manera

en nuestra comprensión de lo que significan ciertos pasajes bíblicos.

Por ejemplo, en Juan 10:10, leemos que Jesús vino para darnos vida. Sin embargo, ¿qué tipo de vida es esa? Si la palabra griega fuese BIOS, Jesús podría haber venido para mejorar nuestra existencia física, ayudándonos a ser más saludables o prósperos. Si la palabra fuese PSUCHÊ (que también se traduce como "alma"), podríamos presumir que Él vino para hacernos felices y equilibrados.

De cualquier forma, la palabra que se usa aquí no es BIOS ni PSUCHÊ, etc., sino ZŌE, que se refiere a la vida del Dios Padre, aquella que no fue creada por nadie. Jesús vino para otorgarnos la vida del Padre, ¡y en abundancia!

Esa distinción es esencial para que también podamos comprender otros pasajes de las escrituras.

VIDA ETERNA

Esa vida ZŌE se define en otras partes del Nuevo Testamento como eterna (I Jn 1:2). La palabra "eterna" en el griego es muy especial, porque quiere decir "aquello que trasciende las eras" (AIŌNŌN). Por lo tanto, indica una vida sin comienzo y sin fin. Es un tipo especial de vida que no nació, ni puede morir; que siempre existió, existe ahora y existirá para siempre.

Únicamente Dios posee ese tipo de vida. La Biblia dice que solo Dios tiene "inmortalidad" (I Ti 6:16). Esa es la especie de vida que se narra aquí. A lo largo de las eras, Dios ha sido el único ser inmortal. Su vida no solo no muere ni envejece, tampoco es posible matarla. Es inmortal e inmutable. Está escrito: "(...) por cuanto era imposible que fuese retenido por ella [la muerte]" (Hch 2:24).

Ahora tenemos buenas nuevas. Son tan maravillosas que es casi imposible creerlas, pero son

verdaderas. Dios decidió compartir Su propia vida con los seres humanos. Él tomó la decisión de otorgar esa vida sin comienzo y sin fin a los simples mortales (Jn 3:16).

Cuando ellos reciben esa vida (ZÖE), también se convierten en seres inmortales (II Ti 1:10); pueden poseer la vida eterna de Dios, lo que significa que jamás podrán morir. Pasan "(...) de muerte a vida [la inmortal]" (Jn 5:24).

Si nos tomamos unos minutos para meditar sobre esa idea, parecerá casi inconcebible. La posibilidad de que nosotros, simples seres humanos, podamos recibir la vida de un ser supremo en nuestro interior es simplemente increíble.

Lo que parece que se nos ofrece es la oportunidad de que dejemos la raza humana para que nos hagamos parte de una otra raza. Esa nueva raza consiste en personas que recibieron una vida inmortal, tan superior a la vida humana, que va más allá de la comprensión natural. Aquellos que forman parte de esa nueva raza son llamados "hijos de Dios"; la que, realmente, es una nueva especie, una nueva variedad de ser que la Biblia llama "nueva criatura" (II Co 5:17; Gá 6:15).

La humanidad difícilmente podría soñar con algo así. La ciencia ficción tampoco habría podido imaginar algo parecido. Sin embargo, la verdad es que el Dios del universo abrió las puertas para que cualquiera que pueda oír, entender y creer se transforme en algo sin precedentes en el universo, algo inédito.

Pueden recibir, dentro de sí mismos, la vida de un inconmensurable ser superior; pueden permitir que esa vida los llene por completo y, entonces, dejar que esa vida se manifieste a través de ellos en cada faceta de sus vidas.

Aunque algunos aún no hayan entendido esto, este es el verdadero mensaje del evangelio de Jesucristo.

UN IMPEDIMENTO

Todavía existe un problema. Existe una cosa que impide que muchos hombres y mujeres reciban este don inefable. Hay una barrera en el proceso de recibimiento de esa nueva vida. Existe algo que nos impide recibir esa vida e, incluso cuando ya la recibimos, nos impide también llenarnos más plenamente de esa vida. Este problema se llama pecado.

Dios es supremamente Santo. Él no es solo un poco santo o parcialmente santo. Él es tan intensamente santo que, si una persona pecadora, por alguna razón, entrara en Su presencia, sería consumida. Agonizaría terriblemente.

Su santidad es tan pura, tan concentrada, tan extrema, que cualquier cosa que no sea santa no puede permanecer en Su presencia. Un pecador jamás podría estar ni siquiera cerca de Dios.

La vida de Dios es santa, recta por definición. Su vida es espontáneamente santa, así como la vida humana es naturalmente pecadora. Él no necesita inhibirse para no pecar. No intenta resistir la tentación. Aborrece naturalmente el pecado porque es contrario a Su naturaleza. Su santidad es, simplemente, quién y lo que Él es. Es su esencia.

Queda claro, con eso, porqué a los pecadores les gusta mantenerse alejados de Su presencia. Esta es la razón por la cual buscan numerosas excusas para negar la existencia de Dios. La consciencia de una persona no santa ya sufre un impacto solo de pensar que Dios pueda ser real.

Para que podamos comprender mejor a nuestro Dios, podríamos hacer una analogía con el Sol. El Sol es, en esencia, una continua explosión nuclear. Su luz es tan intensa que solo podemos mirarla durante segundos y, aun así, se necesita protección ocular. Imagine, entonces, no solo mirar, sino acercarse al Sol.

Una persona sería consumida por su ardiente intensidad.

El universo está formado por millones de estrellas como esa, y aún mayores. Quizás existan, realmente, billones de galaxias, cada una de ellas llena de esas incontables estrellas. Y cada una de esas estrellas está brillando con una intensidad inimaginable como la del Sol, o aún mayor. Sin embargo, nuestro Dios, que creó todo eso, ¡es aún más grandioso! Él es mucho más poderoso y la gloria de Su santa presencia es aún más intensa.

Leemos, en Isaías 33:14, lo que va a suceder en la intensa presencia de Dios: “Los pecadores se asombraron en Sion, espanto sobrecogió a los hipócritas. ¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?”.

Este pasaje indica claramente que la presencia de Dios es intensamente poderosa y ardiente como fuego. Para confirmar eso, también está escrito: “porque nuestro Dios es fuego consumidor” (Hb 12:29). En la presencia del Creador, ningún pecador conseguirá sobrevivir. Su presencia les causaría extrema agonía y destrucción. Tal como el efecto del sol en nuestro cuerpo natural, la intensa presencia de Dios es demasiado para que un pecador la soporte.

Una prueba más de eso es la manera como la Bestia será destruida. Su fin se dará simplemente por el surgimiento de Jesús: “(...) aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida” (II Ts 2:8). Es el intenso y glorioso brillo de Su aparición lo que destruirá el “hombre del pecado”.

Cuando estemos frente a Dios, la verdad —una verdad cruda, poderosa y pura— llenará la atmósfera. Todo nuestro “refugio de mentiras” será eliminado (Is 28:17). Todas las excusas con las que justificamos nuestro comportamiento, nuestras palabras, nuestros

pensamientos, nuestras actitudes y nuestras acciones; todas las veces que culpamos a otros por nuestra condición; todas las veces que imaginamos que somos mejores de lo que realmente somos, todo quedará claramente expuesto.

La extraordinaria presencia de Dios producirá este efecto. Nada permanecerá en secreto o escondido. Todo lo que hemos dicho, hecho o pensado se revelará ante todo el universo. La consciencia de cualquier pecador estará en la más extrema agonía, sin posibilidad de escapar. Está escrito que Él: "(...) aclarará también lo oculto de las tinieblas", y "(...) manifestará las intenciones de los corazones" (I Co 4:5). Todo secreto será revelado por Él. La luz de la presencia de Dios es la que hará esto.

Hoy, Dios se oculta a Sí mismo (Is 45:15). Él no está revelándose al mundo con claridad. No hay duda de que Él hace eso para nuestro beneficio. Es para que no seamos consumidos. Cuando Dios se revele a Sí mismo en toda Su plenitud, todo aquel que sea pecador será destruido.

Eso no sucede porque Dios odia a esas personas; es simplemente la consecuencia natural de que el pecado entre en contacto con Su santidad. La naturaleza de Su persona es tan extrema que cualquier cosa que sea contraria a ella, simplemente, no puede soportar la experiencia. Eso es algo que no se puede alterar. Dios no cambia (Mal 3:6). Él es quien es.

Hay otro ejemplo de esa verdad. Podemos mirar lo que acontecerá cuando Jesús aparezca en Su gloria al final de los tiempos. En ese momento descubrimos que, cuando los cielos se abran y Él comience a descender, los incrédulos y pecadores de repente inventarán una nueva religión, comenzarán a orar.

Sin embargo, en lugar de orar a Dios, orarán a las rocas y a los montes. Comenzarán a suplicar a las montañas y a las rocas, diciendo: "Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está

sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero" (Ap 6:16).

En aquel momento, morir aplastado por una piedra enorme será preferible que la agonía y el tormento que la presencia de Jesús creará en sus mentes.

Espero que haya quedado bien claro para cada lector que Dios no se mezcla con el pecado y viceversa. No pueden coexistir. La presencia de Dios destruye todo el pecado.

No es porque Dios tenga una actitud intolerante ante la debilidad de la especie humana. No es porque esté enojado por "algunos pecados". No es porque Él no sea comprensivo o no simpatice con nuestras faltas y fallas. Es simplemente un hecho, un resultado de quién y qué Dios, nuestro Creador, es. La intensa santidad que define Su naturaleza, junto a Su maravilloso e ilimitado poder, simplemente destruirá a todos los pecadores.

LA APARICIÓN DE DIOS

Dios está planeando revelar Su presencia al universo algún día. En determinado momento, dejará de ocultarse. Dios no quiere existir de una manera encubierta para siempre. Su voluntad es revelarse en Su grandeza a toda la creación.

Sin embargo, Dios ama la raza humana que creó. Él no quiere extinguirnos a través de Su revelación plena sin que tengamos algún tipo de preparación que nos capacite a sobrevivir a ese evento.

Eso, entonces, nos trae de vuelta a nuestro pensamiento original. El plan de Dios para que sobrevivamos a Su venida es una transformación de vida. Su idea es que recibamos Su propia vida y, con esto, nos convirtamos en una variedad de seres capaces de darle la bienvenida, que se alegren con Su surgimiento, seres "a prueba de fuego" que disfruten Su venida.

Debemos convertirnos en el mismo tipo de ser que Él es; debemos recibir Su vida y naturaleza santas y empaparnos de ellas, porque solo ese tipo de ser será el que no sufra un impacto negativo cuando Él aparezca. Un ser así no solo sobrevivirá ante la presencia de Dios, sino que además prosperará en ella.

Hoy, nuestro pecado es lo que nos separa de Dios. También es nuestro pecado lo que nos causará en el futuro dolor y destrucción cuando estemos en Su presencia inmediata. Por lo tanto, es necesario que nos libremos del pecado, solamente así seremos capaces de soportar la presencia de Dios cuando aparezca.

ARREPENTIMIENTO

El primer paso de la solución de Dios para el problema de nuestro pecado se llama "arrepentimiento". Ese es un paso que debemos dar. Aunque Dios nos ayuda en este procedimiento tan necesario, esta es una decisión que solamente nosotros podemos tomar.

El arrepentimiento es una parte esencial del proceso de salvación. De hecho, es tan crucial para la obtención de la nueva vida, que sin ello no podemos lograr nada. Siendo así, no debemos perder tiempo y necesitamos estudiar ese proceso cuidadosamente.

Cuando Juan el Bautista vino, predicaba una cosa: arrepentimiento. Juan decía: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mt 3:2).

Del mismo modo, Jesús comenzó Su ministerio en la tierra proclamando el mismo mensaje. Está escrito: "Desde entonces, comenzó Jesús a predicar y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mt 4:17). Ese arrepentimiento es el primer paso esencial para poder recibir la vida que Dios está ofreciéndonos.

Hay muchos que quieren saltarse ese paso. Instan a las personas a que acepten a Jesús sin el

arrepentimiento inicial, necesario para avanzar o tener éxito. Parecen creer que simplemente "aceptar" a Jesús y todo lo que Él hizo por nosotros es suficiente para que el pecador, un día, "vaya para el cielo". Acaban recorriendo un camino ancho y fácil, pero que no lleva a la variedad de vida (la vida de Dios) de la que hemos estado hablando (Mt 7:14).

El hecho es que Jesús no necesita "aceptación". Él no ansía aceptación suya ni de nadie más. Dios no está esperando ansiosamente, con nervios, con esperanza de que alguien Lo acepte. Parece que algunos creen que, si tan solo Lo aceptaran, Él se olvidaría de toda la aversión al pecado y la condición pecadora de ellos. Por el contrario, nuestra mayor necesidad no es aceptarlo a Él, ¡sino que Él nos acepte! ¡Nosotros necesitamos que Él nos acepte! Y, para que Él nos acepte, es necesario que demos un primer paso: el arrepentimiento; un arrepentimiento completo, profundo y sincero.

Entonces, ¿qué significa arrepentimiento? Significa reconocer nuestras acciones pecaminosas. También comenzar a ver lo que somos. En la luz de Dios, comprendemos la naturaleza pecadora de nuestras acciones y nuestra tendencia innata de hacer una gran variedad de cosas malas que son contrarias a la naturaleza de Dios.

A continuación, confesamos delante de Dios lo que hemos hecho, lo que somos y, entonces, reconocemos que somos dignos de muerte. Sí, el arrepentimiento genuino implica la percepción de que, para los ojos de Dios, somos dignos de muerte. El arrepentimiento verdadero significa que nosotros descubrimos que merecemos morir por aquello que hemos pensado, dicho, hecho e, inclusive, por lo que somos. Esta es una parte importante del proceso de arrepentimiento.

Reflexione conmigo por un momento. Si no somos dignos de muerte, o no pensamos que lo somos, ¿qué razón habría para que alguien muriera en nuestro

lugar? Si no somos lo suficientemente culpables como para merecer la pena de muerte, ¿qué necesidad habría de que alguien nos sustituyera en esa ejecución? Si nuestra culpa no es suficiente para que merezcamos la muerte, ¿entonces por qué necesitaríamos que Jesús muriese en nuestro lugar? Por lo tanto, es imposible que una persona reciba a un salvador que no quiere o no siente que necesita.

El bautismo debería ser un símbolo de este hecho. No es un simple chapuzón o un baño. Es una declaración al universo de que nosotros comprendemos y aceptamos nuestra necesidad de morir. En el verdadero bautismo, reconocemos nuestros pecados y proclamamos que estamos unidos con Cristo en su muerte, reconociendo su resurrección para nuestra salvación. Estamos declarando públicamente quienes somos y que lo que hacemos es digno de muerte, y que creemos que Cristo nos cambiará por medio de la sustitución de Su vida por la nuestra.

Cualquier "arrepentimiento" que no haya sido lo suficientemente profundo como para que la persona que lo realiza comprenda que merece morir es defectuoso. Ese tipo de "arrepentimiento" no llevará a nadie muy lejos en su camino como cristiano.

Sin un verdadero, profundo y completo arrepentimiento, tales personas no podrán ser limpiadas por Dios, ni sus vidas podrán ser sustituidas por la vida de Él. Por tanto, crecerán muy poco en la vida espiritual.

¿Por qué, por ejemplo, alguien querría perder su vida y cambiarla por otra si todavía cree que su vida es buena? Si, en su propia opinión, su vida está bien, no existe ninguna necesidad lógica de cambiarla. A nadie le gustaría ser dominado por la vida de otro si todavía le gusta su propia vida y la aprueba. Nunca desearía que su propia vida muriera para que la vida de Dios existiera en su lugar.

Con respecto al juicio de Dios sobre aquellos que pecan, está escrito: “El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente” (Hb 10:28).

Fue Dios quien estableció esta ley. Y la pena de la ley para el pecado es la muerte. La muerte fue aplicada para diferentes tipos de ofensa, incluso aquellas consideradas insignificantes. Por ejemplo, el Antiguo Testamento nos relata la historia de un hombre apedreado hasta la muerte, según la dirección del propio Dios, por recoger leña un sábado (Nm 15:32-36).

Esa misma penalidad fue establecida para aquellos que cometieran adulterio, usaran drogas, practicaran la homosexualidad, consultaran espíritus, cometieran incesto, practicaran sexo con animales, blasfemaran, murmuraran, fueran hijos rebeldes, entre muchas otras cosas como esas. Para resumir: así como el pecado de Adán y Eva dio como resultado la muerte, toda y cualquier persona que peca revela que es digna de muerte. “(...) el alma que pecare, esa morirá” (Ez 18:4).

La muerte física, que fue instituida por la ley del Antiguo Testamento, es simplemente una representación, o una sombra, del futuro. Como hemos visto, la muerte y destrucción del alma pecaminosa será un resultado inevitable de la presencia directa de Dios. Cuando Él aparezca, la vida y la naturaleza pecaminosa arderán.

La sentencia de Dios para el pecado es la muerte. Dios no puede coexistir con el pecado. “Porque la paga del pecado [todo y cualquier pecado] es la muerte (...)” (Ro 6:23). Hemos entendido claramente, desde el comienzo de este capítulo, que la intensa presencia de Dios juzgará quiénes y qué somos.

Entonces, podemos comprender, con facilidad, que las personas llenas de pecado, o con una tendencia natural para el pecado, serán objeto de Su juicio. Esos individuos, por el simple hecho de que se presenten

delante de un Dios santísimo, sufrirán el juicio por Su presencia.

Por lo tanto, nuestro arrepentimiento —el reconocimiento de nuestras acciones, nuestra condición y de que merecemos morir— es esencial para que escapemos de Su ira y recibamos nueva vida y, consecuentemente para que escapemos de Su juicio. Nuestro arrepentimiento abre el camino para que nuestras vidas perezcan y nos llene con Su vida.

Una parte del plan de Dios es llenarnos con Su propia vida hasta desbordarse. Pero no hay “espacio” en nosotros para que dos vidas coexistan al mismo tiempo. Una vida debe salir. Esto es algo que Dios nos proporcionó con la crucifixión de Jesús. Ahí, también nosotros morimos con Él. Ahora, podemos permitirle aplicar Su muerte, que ocurrió en el pasado, a nuestras vidas hoy. Mientras nos unimos a Cristo, lo que somos puede morir y algo completamente nuevo nacerá en su lugar.

De esta manera, nos preparamos para el día venidero, cuando Jesús aparecerá en Su intensa y ardiente gloria. Cuando nos arrepentimos verdaderamente, abrimos nuestros corazones para que Dios haga Su gloriosa obra de sustitución en nosotros, transformándonos a Su propia imagen.

Si no vemos nuestro pecado, es porque nos falta luz. La única manera en que podemos arrepentirnos realmente es si Dios, en Su misericordia, hace que Su luz brille dentro de nosotros. Cuando Él se aproxima a nosotros, la luz de Su presencia revela lo que somos. Cuando nos falta esa luz y la convicción de pecado, es la prueba de que no tenemos una verdadera intimidad con nuestro Creador. Sin embargo, cuando a través de la gracia de Dios conseguimos verlo más claramente, también vemos nuestro pecado. Eso, entonces, nos hace capaces de arrepentirnos.

TRISTEZA

El arrepentimiento es lo que hacemos cuando, finalmente, vemos nuestro pecado. Cuando percibimos, por la luz de Dios, el mal en nuestros caminos, comenzamos a sentir un pesar. Cuando comprendemos cuánto hemos ofendido a los demás, cuánto hemos entristecido a Dios, cómo nuestras palabras y acciones han causado dolor y sufrimiento a aquellos que están a nuestro alrededor, estamos listos para arrepentirnos.

El verdadero arrepentimiento involucra tristeza. Veamos lo que Pablo escribió a los corintios: “Ahora me regocijo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padeciéseris por nuestra parte. Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte (...)” (II Co 7:9, 10).

El arrepentimiento ocurre cuando tenemos un gran sentimiento de culpa por los pecados que cometemos y por nuestra condición pecaminosa. Entendemos verdaderamente la gravedad de nuestros pecados y sus consecuencias.

En el arrepentimiento genuino, nos damos cuenta de nuestra horrible condición. Cuando realmente nos vemos a nosotros mismos, vemos algo muy repugnante.

La experiencia de Job es un ejemplo de esa verdad. Él era, en su propia opinión, un hombre recto. De hecho, desde un punto de vista superficial, a él le iba bastante bien. Ayudaba a los pobres, socorría a los desamparados. No hablaba mal de los demás. No mentía, no cometía fraude, no robaba, no se aprovechaba, ni se comprometía con otros sin cumplir su palabra. Con su forma de actuar, en muchas situaciones, Job era más correcto que muchos de los que dicen ser cristianos hoy.

Pero al final de su prueba, Dios se le reveló a Job. Pudo verse la justicia genuina de Dios y, en aquella brillante e intensa luz, Job vio que su esfuerzo era meramente humano e imperfecto. Él dijo: “De oídas te había oído; Mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, Y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:5, 6).

Observe la reacción de Job. Cuando vio la verdadera santidad, se detestó a sí mismo. Descubrió que lo que él era, aunque en términos humanos fuese estimado, era algo podrido, digno de repudio. Él odió lo que vio en sí mismo. Odió la carne, la naturaleza pecaminosa e, inclusive, el sentido de justicia propia que había visto en sí mismo. El resultado fue arrepentimiento. Esta es la única reacción que Dios acepta.

Cuando Pedro estaba predicando en el día de Pentecostés, sus oyentes tuvieron una reacción semejante. Ellos “se compungieron de corazón” (Hch 2:37). Pedro los había acusado de participar en el asesinato de Cristo. En el versículo 23 del capítulo 2 del libro de los Hechos, hablando acerca de la muerte de Jesús, él proclamó: “(...) prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándolo”.

Ciertamente, aquellos no eran los mismos hombres que lo sujetaron y martillaron los clavos. Sin embargo, fueron convencidos por el Espíritu Santo de que eran exactamente el tipo de persona que haría aquello. Ellos aprobaron su muerte. A través de la predicación de Pedro, sintieron una profunda culpa que rasgó sus corazones. El resultado directo de esa convicción de pecado fue el arrepentimiento (Hch 2:38).

Otra reacción a la revelación de la persona de Dios es el autodesprecio. En Ez 20:43, encontramos algo sobre lo que ocurrirá en el futuro reino milenar de Cristo, cuando Él traiga a todos aquellos de la nación de Israel de vuelta a su tierra. Allá, Él se les revelará.

¿Y cuál será la reacción de ellos? Percibirán sus pecados y sentirán asco.

Está escrito: "Y allí os acordaréis de vuestros caminos, y de todos vuestros hechos en que os contaminasteis; y os aborreceréis a vosotros mismos a causa de todos vuestros pecados que cometisteis". El verdadero arrepentimiento también implica autodesprecio.

En la actualidad, hay muchos en la Iglesia que están difundiendo el pensamiento positivo. Ellos piensan que usted debe "amarse a sí mismo". Queridos hermanos y hermanas, déjenme alertarlos de la forma más directa posible: este es un serio engaño. Eso no los llevará a lugar alguno, espiritualmente.

Puede darles la falsa idea de "valor propio", en el ámbito psicológico (que se trata únicamente del alma del hombre), pero no promoverá crecimiento espiritual alguno. Puede ajustar la mente, humanamente hablando, y, quizás, dar alguna clase de consuelo emocional, pero no transformará a nadie a la imagen de Cristo.

De hecho, de acuerdo con el evangelio de Juan, el amor propio dará como resultado la pérdida de la vida o el "alma". Está escrito: "El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará" (Jn 12:25).

¿Por qué será eso? Porque, cuando aprobamos y amamos lo que somos, no nos arrepentimos. No sentimos asco ni nos detestamos. No sentimos la necesidad de que alguien superior viva dentro de nosotros, tomando el lugar de nuestra vida natural.

Por lo tanto, cuando Jesús aparezca, no habremos sido transformados completamente. En aquel momento, Su santidad intensa consumirá todo lo natural, humano y pecaminoso. Es imposible que la vida pecaminosa perdure ante Su presencia.

Aquí, encontramos una promesa infalible de Dios. Un hecho del cual podemos tener certeza. Si llegamos

a amarnos, si aprobamos nuestro ser, si pensamos que somos buenos, si no nos asqueamos de nosotros mismos ni nos detestamos, perderemos nuestra egocéntrica vida natural (PSUCHÊ) de la peor manera. La perderemos cuando venga el Señor. Será consumida por Su intensa santidad. Sin embargo, si llegáramos a odiar nuestras vidas por haber visto, mediante la luz del rostro de Jesús, lo que es realmente son, Él obrará en nosotros para sustituirla por Su propia vida eterna.

El verdadero arrepentimiento, algo que ocurre cuando nos vemos con la luz de Dios, genera tristeza y autodesprecio, acompañados de una voluntad de librarnos de aquello que vemos. Significa que ahora entendemos nuestra necesidad de morir y que nuestra vida sea sustituida por la vida de Dios. Estamos de acuerdo con el juicio de Dios sobre nuestra carne y estamos dispuestos a recibir Su gran salvación.

LA LUZ DEL MUNDO

Como hemos visto, el verdadero arrepentimiento depende de la revelación de Dios. Jesús es "la luz del mundo" (Jn 8:12). Cuando nos aproximamos a Él, o cuando Él se aproxima a nosotros, Su luz brilla en nosotros. Conforme esa luz se aproxima, comenzamos a vernos con mucha más claridad.

Una persona en una habitación totalmente oscura no ve nada. Así es nuestra condición antes de que conozcamos a Cristo. Sin embargo, cuando una pequeña luz comienza a brillar, la persona en la habitación comienza a poder ver a su alrededor. Cuanto más brilla la luz, puede ver todo con más claridad.

Asimismo, cuanto más nos aproximamos a Jesús, más fuerte brilla Su luz y más claramente vemos nuestro pecado. De hecho, esta es una prueba excelente para que sepamos si estamos

transformándonos de verdad en personas más íntimas con Jesús: si conseguimos ver mejor nuestro pecado.

Cuando yo era un joven creyente, imaginaba que, después de más de 40 años caminando con el Señor, estaría casi levitando, sintiéndome muy santo. Sin embargo, mi experiencia ha sido que, con el pasar del tiempo, veo mi pecado cada vez más. He tenido la constante y profunda oportunidad de arrepentirme más completamente y de dejar que la nueva vida de Dios crezca dentro de mí.

El arrepentimiento no es algo que sucede una única vez. No es algo que hacemos una vez al comienzo de nuestro camino como cristianos y listo. Por el contrario, en el cristianismo verdadero, siempre hay la profunda convicción de que necesitamos a un salvador. Vemos cada vez más claramente lo que somos, como hombres naturales, y cuánto necesitamos sustituir nuestra vida por la de Él.

Cuanto más nos arrepintamos, más podremos ser transformados. Cuanto más comprendamos que nuestra vieja vida es digna de muerte, más podremos ser transformados según Su imagen. Un arrepentimiento en constante crecimiento abre el camino para que la vida de Dios nos llene y sustituya lo que somos.

Ahora, ¿por qué tiene que ser así? Porque, a menos que veamos la necesidad de que nuestra vieja vida muera, Dios no hará (en realidad, no podrá hacer) Su obra en nosotros. Él, con certeza, no nos obligará a experimentar esa transformación. Él no aplicará la muerte de Jesús en áreas de nuestra vida que no deseamos que mueran.

Jesús nunca nos obligará a pasar por esa transformación. No estar dispuestos a ser crucificados es lo que obstaculiza Su obra. Por lo tanto, necesitamos, primero, vernos con Su luz y, después, concordar con la sentencia de Dios para nosotros. A partir de ahí, Él operará en nuestro interior para aplicar

tanto la muerte como la resurrección de Jesús en nuestra alma (PSUCHÊ).

Mientras aprobemos lo que somos, desearemos aferrarnos a ello. Mientras pensemos que estamos bien, entonces no existirá ninguna necesidad de cambiar. Ciertamente, no sentiremos ninguna necesidad de que se nos dicte una sentencia de muerte. Por lo tanto, permanecemos como somos: hombres y mujeres naturales, sin transformación.

El verdadero progreso en la vida espiritual, una transformación genuina y eterna según la imagen de Dios, solo puede materializarse cuando nos vemos con la luz de Dios. Solamente entonces, estaremos dispuestos a "negarnos a nosotros mismos y tomar nuestra cruz". Solamente entonces, estaremos dispuestos a perder nuestra propia vida.

2.

EL PROCESO DE ARREPENTIMIENTO

Existen algunas personas que comienzan su camino como cristianos con una ráfaga de transformación generada por una poderosa revelación de Dios (lo que muestra su pecado). Desde el comienzo de su experiencia con Jesús, se arrepienten de una forma profunda. Sus pecados más profundos son expuestos y están listas y dispuestas a experimentar la muerte y la resurrección de Cristo.

Esos creyentes se sumergieron profundamente en la presencia de un Dios santo y se vieron a sí mismos bajo Su luz. Esta revelación de su "yo" y de sus pecados generó en ellos un fuerte arrepentimiento, lo que permite que el Espíritu Santo haga Su obra en ellos rápidamente y sin mucha resistencia. Esas personas

progresan de una manera muy rápida en su camino espiritual.

Prácticamente todos los "avivamientos" poderosos conocidos a lo largo de la historia de la Iglesia están acompañados por una tremenda convicción del pecado. El resultado es un profundo arrepentimiento. Estas "visitas" de Dios trajeron una luz ardiente que reveló a hombres y mujeres sus pecados: los errores en sus acciones y palabras, así como la naturaleza carnal que produce tales pecados.

Aquellos que se convirtieron durante los tiempos de las visitas de Dios, casi siempre, se convirtieron en personas santas temerosas de Dios cuyo testimonio continuó fuerte hasta sus muertes físicas. La causa de eso es que la obra transformadora de Dios (la sustitución de la vida de Dios por la de ellos) se facilita mucho mediante un arrepentimiento profundo.

Sin embargo, muchos (por no decir la mayoría) de los creyentes de la actualidad no llegan a Jesús de esa manera. No se acercan a Él con mucha convicción de pecado (o tal vez ninguna). Por lo contrario, los incentivan a acudir a Jesús por los beneficios. Quizás busquen curación, bendiciones, soluciones para problemas personales, prosperidad financiera o cualquier cosa similar.

Muchas personas, en vez de buscar ser libres de lo que son y lo que hacen, buscan ayuda para continuar viviendo como antes, solo que sin tantos problemas. Estos convertidos tendrán poco progreso espiritual.

Quisiera destacar de la forma más clara que la mayoría de las experiencias modernas llamadas "avivamiento" no puede hacer nada para ayudar en el proceso de transformación. Ni caer al suelo desmayado, ni ladrar como un perro, ni sacudirse con violencia, ni reírse ni ningún otro fenómeno similar logrará transformar a nadie. Estas ocurrencias no revelan verdaderamente el pecado y, por lo tanto, no provocan el verdadero arrepentimiento. En

consecuencia, en el mejor de los casos, son una pérdida de tiempo. Peor todavía, frecuentemente no son más que un engaño, una experiencia meramente emocional que muchos confunden con algo espiritual. Tales experiencias no son obra del Espíritu Santo de Dios.

Como vimos al comienzo de este capítulo, para que sobrevivamos a la próxima aparición de Jesucristo en toda su gloria y poder, debemos ser transformados para que seamos como Él. Necesitamos ser transformados de aquello que somos a lo que Él es. Nuestra vida debe ser sustituida por la suya.

La llave que abre el camino hacia esta necesaria experiencia es el arrepentimiento. Debemos ver lo que somos y arrepentirnos, clamar por liberación de nosotros mismos. Debemos estar dispuestos a morir para que nuestro “yo” pecaminoso no viva más y para que la vida de Jesús pueda llenar nuestro ser por completo.

El arrepentimiento está directamente relacionado con nuestra transformación. Para resumir: poca arrepentimiento = poca transformación; más arrepentimiento = más transformación; arrepentimiento profundo y total = transformación ilimitada a la imagen de Cristo.

Nunca debemos pensar que admitir nuestros pecados y arrepentirnos de ellos es algo negativo. Es un acto que amplía la perspectiva de una nueva bendición espiritual en Jesucristo.

¿Y SI NO COMENZAMOS BIEN?

Incluso si no tuvimos un comienzo adecuado en nuestra vida cristiana, es decir, si no tuvimos una profunda revelación de nuestro pecado y, por lo tanto, tuvimos un arrepentimiento superficial e insuficiente, todavía hay esperanza. Nunca es tarde. Hoy, podemos

buscar la ayuda de Dios para que consigamos llegar a un completo arrepentimiento.

Es Él quien hace posible nuestro arrepentimiento. Recordando otra vez el versículo con el cual comenzamos el capítulo 1 de este libro, vemos que Dios concedió a los gentiles el arrepentimiento para la vida ZŌE. No lograron esto por cuenta propia. Fue Dios quien preparó todo para ellos.

Aquellos que están en la oscuridad no ven (ni son capaces de ver) su condición real. Solamente por la misericordia de Dios, cuando Él nos ilumina, podemos ver nuestra maldad y cuánto necesitamos la salvación. Cuando comenzamos a vislumbrar Su extrema santidad, pasamos a comprender nuestra condición impura y pecaminosa.

El arrepentimiento genuino no es algo que nosotros mismos podemos generar. No es el acto de examinar nuestro pasado o presente, con el intento de lograr sentir tristeza. El esfuerzo personal, el intento de sentir culpa o recordar cada pecado que hemos cometido no tiene ninguna utilidad.

El verdadero arrepentimiento necesita de la luz de Dios para funcionar. Solo Su presencia puede propiciarlo. Aunque todos podamos resistir fácilmente la revelación del pecado que Dios trae, no podemos propiciarla con nuestro propio esfuerzo.

Nuestra mayor necesidad es buscar Su presencia. Solo Él puede iluminarnos con la luz que necesitamos. A medida que andamos en intimidad con Él, veremos cada vez más nuestros pecados. Posteriormente, tendremos el maravilloso privilegio de arrepentirnos y de que Él nos limpie.

Incluso si comenzamos nuestra caminata espiritual de una manera deficiente, incluso si nunca nos hubiéramos arrepentido realmente, hoy, Dios puede guiarnos hacia esta gloriosa bendición. Él todavía puede iluminarnos con Su luz. Si genuinamente

tenemos hambre y sed de justicia, Él nos saciará (Mt 5:6).

Debemos estar siempre buscando el rostro de Jesús. Con su luz, podemos ver exactamente lo que somos y arrepentirnos. Ese arrepentimiento abre el camino para que Su muerte y Su vida se apliquen a nosotros. Cuando se aplica su crucifixión y resurrección, el resultado es algo llamado “transformación”, que es un cambio eterno producido por Dios en nuestras almas. Esto quiere decir que nos cambia para ser como Él.

Está escrito: “Por tanto, nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor.” (II Co 3:18).

Cuando vemos Su gloria, quedamos expuestos y somos transformados. En la luz de Su rostro, nos vemos a nosotros mismos y nos comparamos con Su elevado estándar. Nuestro arrepentimiento, entonces, abre la puerta para que Su vida llene lo que alguna vez fuimos.

UNA ILUSTRACIÓN

Me gustaría compartir una breve historia que puede ayudar a ilustrar este punto. Hace muchos años, mi esposa y yo estábamos en Florida. Un domingo fuimos a una iglesia. Me sorprendió darme cuenta de que yo era el único hombre allí. Todas las demás personas eran mujeres o niños.

Cuando el pastor comenzó a predicar, comencé a entender el porqué. Aquel querido hermano predicaba un legalismo y una condenación que casi se podía sentir físicamente. Por supuesto que no regresamos para una segunda dosis. Un servicio de ese tipo fue suficiente.

Algunos años después, regresamos a la misma región y encontramos a una mujer de esa iglesia en un estacionamiento. Ella empezó a insistir para que fuéramos a un servicio. Pensé: "Eso es lo último que quisiera hacer". Sin embargo, ella continuó insistiendo. Dijo que el predicador había cambiado. Había tenido una experiencia con Dios que lo había transformado.

Debo confesar que decidí volver a esa reunión con mucha reticencia. Sin embargo, cuando el pastor comenzó a hablar, era obvio que algo había cambiado. Ahora estaba lleno del amor de Dios. Estaba ministrando por el Espíritu Santo. Alguna cosa importante le había sucedido a ese hermano. Por mi curiosidad, tenía que saber qué le había pasado, así que dediqué un tiempo para pasarlo con él y preguntarle sobre su experiencia.

Lo que me dijo fue más o menos lo siguiente: él había estado ayunando y orando por varios días, pidiendo una experiencia más profunda con el Señor. Una mañana, se despertó, aproximadamente a las seis, y se paró junto a su cama. Allí, permaneció paralizado por la presencia de Dios. La única manera en que pudo describir la experiencia fue decir que tuvo un encuentro cara a cara con el Espíritu de la Verdad: verdad pura, ardiente y sin diluir.

Su experiencia fue como si el Espíritu hubiera tocado su interior y lo hubiera cambiado todo, revelando y exponiendo muchas cosas. Aquellas "cosas" eran actitudes, pensamientos, palabras y acciones. Él entendió profundamente su pecado. Aquella "verdad" brilló fuertemente dentro de él y, entonces, experimentó un profundo arrepentimiento.

Cuando la experiencia terminó, volvió a mirar su reloj. Había estado de pie, junto a su cama, por aproximadamente media hora. Sin embargo, aquellos treinta minutos transformaron a ese hombre. Su tiempo en la presencia de Dios lo había convencido y transformado. Ahora, su vida está mucho más llena del

amor y de la vida de Jesús. ¡Cómo necesitamos más experiencias como esa!

EL ARREPENTIMIENTO ES UNA EXPERIENCIA CONTINUA

El arrepentimiento no es el tipo de experiencia que ocurre una vez y listo. No es algo que hacemos en el comienzo de nuestro camino como cristianos y que no hace falta repetir. Debe ser un proceso continuo en la vida de todos los creyentes.

¿Por qué? Porque cuanto más nos aproximamos a Jesús, más luz podemos ver. Él es la luz del mundo (Jn 9:5). Su presencia se percibe por la intensidad de la luz. Por lo tanto, si realmente nos estamos acercando más a Él, nos podremos ver con cada vez mayor claridad. La luz se hará cada vez más fuerte.

De hecho, eso puede considerarse una prueba para saber cuán sincero es nuestro caminar con Jesús. ¿Estamos, de hecho, viendo más el pecado que existe dentro de nosotros? ¿Se está revelando cada vez más nuestra naturaleza pecaminosa? ¿Existe un arrepentimiento cada vez más profundo en nuestras vidas?

Si la respuesta es no, entonces algo está mal. De alguna manera, estamos estancados en nuestra experiencia cristiana. No estamos acercándonos a Dios. Por otro lado, si nuestro arrepentimiento realmente está creciendo, podemos estar seguros de que nuestra relación con el Creador está haciéndose mucho más íntima.

CONVICCIÓN Y CONDENACIÓN

Existe, con certeza, una diferencia entre convicción de su pecado y condenación. Muchos creyentes han sufrido con mucha condenación, pero poseen poca convicción. Una de las obras favoritas del diablo en

nuestra mente es condenarnos. Muchas personas pierden mucho tiempo condenándose a sí mismas. Otras, quizás amigos y familiares, también pueden ayudar a condenarnos o hacernos sentir condenados.

No obstante, la verdadera convicción de pecado viene del Espíritu de Dios. Una gran parte de Su misión es "convencer el mundo de pecado" (Jn 16:8). Entonces, hoy, Él está trabajando para exponer nuestro pecado y ayudarnos a arrepentirnos.

Cuando Dios nos convence, no hay nada generalizado ni ambiguo. Él siempre nos revela algo específico y concreto. Su luz expone algo que realmente sucedió en el pasado o que existe, hoy, en nuestras vidas. No es un sentimiento de culpa genérico. La luz de Dios siempre viene con una claridad penetrante.

Es imposible tener una definición completa de la diferencia entre la convicción que viene de Dios y la condenación que viene de otra fuente. Para eso se requiere discernimiento espiritual. Necesitamos aprender a conocer la voz de nuestro Pastor para seguirlo (Jn 10:27). Debemos desarrollar una intimidad con nuestro Creador que nos capacite a discernir lo que viene de Él y lo que viene de otras fuentes. No hay nada que pueda sustituir esa intimidad y discernimiento.

Aunque nadie debería pasar su vida sometido a una condenación que proceda de una fuente que no sea Dios, existe también otro peligro. Un gran número de creyentes denomina la convicción del Espíritu Santo como "condenación". Dios está intentando convencerlos del pecado y ellos se resisten a esa obra del Espíritu Santo, llamándola condenación. Este es un mal común y espiritualmente peligroso.

Cuando rechazamos la convicción del Espíritu, calificándola de "condenación del diablo", nos resistimos a la obra de Dios en nuestras vidas. El proceso de transformación se detiene. Bloqueamos las cosas maravillosas que Él quiere hacer en nosotros.

Cuando nos resistimos a Su obra de convencernos del pecado y transformarnos, el Señor nos respeta y simplemente se detiene.

Por lo tanto, debemos ser muy cuidadosos de no equivocarnos en este punto y acabar rechazando, de forma sutil y rápida, algo que pueda venir de Dios. Andando en el temor del Señor, debemos considerar, mediante oración, los pensamientos que podrían servir genuinamente para convencernos de nuestro pecado.

Sé que hoy muchos sufren por estar sometidos a demasiada “condenación”. Sin embargo, lo que puede estar causando eso, en verdad, es la falta de arrepentimiento.

Cuando nos arrepentimos de algún pecado específico, por ejemplo, podemos tener absoluta certeza de que fue perdonado. Cuando confesamos nuestro error delante de Dios y tomamos conocimiento de su gravedad, este es retirado y llevado lejos, tan lejos como está el oriente del occidente (Sal 103:12). Desaparece. Dios no lo recordará más. En consecuencia, no debemos permitir que pensamientos sobre pecados pasados nos atormenten.

Cuanto más permitamos que el Espíritu Santo nos convenza de nuestro pecado, menos cosas quedarán para que el diablo u otros nos condenen. Una vez que hemos confesado y abandonado un pecado específico, no debemos permitir que siga habitando en nuestra mente.

No necesitamos confesar una y otra vez los mismos pecados. Si nos encontramos en esa situación, siempre sintiendo un peso por pecados de los que ya nos arrepentimos, es señal de que hay condenación.

Muchos creyentes viven bajo un tremendo sentimiento de culpa. Sin embargo, en mi experiencia, muchos de estos casos son resultado de la ausencia de un verdadero arrepentimiento. Hay muchas cosas, en el pasado de esos individuos, que no han salido a la luz. Hay hechos que están tratando de olvidar y dejar atrás,

sin traerlos a la luz de Dios en confesión y arrepentimiento.

Por tanto, sus conciencias continúan condenándolos. No están en verdadera paz con Dios. Esto hace que se sientan culpables, en general, por pequeñeces del presente, porque hay cosas del pasado, tal vez mucho más serias, que nunca resolvieron.

Demasiados creyentes intentan avanzar en la vida cristiana aún con asuntos sin resolver de su pasado. Les cuesta avanzar mientras arrastran una enorme carga de pecados de los cuales no se arrepintieron. Por supuesto que no llegan a ningún lugar. Su progreso espiritual está bloqueado. Nunca parecen crecer espiritualmente. Debido a su conciencia debilitada, muchos también están vulnerables ante la influencia de demonios, especialmente en el área de condenación.

Esos pecados pasados pueden ser pecados sexuales, asesinato, aborto, mentiras, engaños, prostitución, odio, falta de perdón, uso de drogas, hurtos y robos, palabras y actitudes crueles u otros pecados. No importa cuáles pecados hayamos cometido; es siempre un gran alivio confesarlos a Dios. Se nos quitará una tremenda carga de nuestros hombros.

Confesar puede ser vergonzoso. Puede ser humillante. Incluso puede significar ir a prisión por alguna cosa que hayamos hecho. Sin embargo, nos traerá una gran alegría. Liberará la salvación de Dios, y en abundancia. Desbloqueará el progreso espiritual que tanto necesitamos.

Mientras nos resistamos a la convicción del Espíritu Santo y nos rehusamos a confesar los pecados y arrepentirnos, permaneceremos en nuestra pequeña prisión privada de condenación y derrota. Nuestra conciencia perturbada no permitirá que permanezcamos en la presencia de Dios por mucho tiempo. Pero cuando nos arrepentimos, ¡podremos

disfrutar de una gran libertad! ¡Qué gran gozo y transformación experimentaremos mediante la presencia de nuestro Salvador!

Lo que suele obstaculizar nuestro arrepentimiento es el orgullo. Nuestro orgullo no quiere permitir que nadie sepa lo feos que somos por dentro. Si otros supieran lo que hemos hecho o pensado, nos sentiríamos humillados. Por eso el orgullo actúa tratando de mantenernos en pecado y lejos de la salvación que es nuestra en Jesucristo.

Mientras no haya confesión y arrepentimiento de nuestros pecados, nuestra relación con Jesús se inhibirá. Nuestro acceso a su intensa santidad se limitará.

Cuando intentamos acercarnos a Él mientras aún cargamos nuestros pecados, podríamos incluso tocar “el borde de Su manto” de vez en cuando, pero no conseguiremos permanecer en Su presencia. Quizás podamos “sentir” Su bendición de vez en cuando, por ejemplo, durante un tiempo de adoración; pero no nos sentiremos cómodos cerca de Su pureza extrema por largos períodos.

Eso ocurre porque, en la presencia de Jesús, nuestra consciencia es tocada. Como mencionamos en el inicio de este capítulo, Su grandeza y pureza seguramente chocarán con lo que nosotros somos. Así que la única forma de que podamos permanecer continuamente en la presencia de Dios es que nos arrepintamos completamente.

Debemos responder a todo lo que Su luz exponga y arrepentirnos. Para que permanezcamos en intimidad con Dios, debemos responder a lo que el Espíritu Santo nos dice desde nuestro interior.

Debemos tener mucho cuidado, cuando sintamos la convicción de pecado, para no resistirnos a la obra de Dios. Es muy común que cuando comenzamos a ver nuestras fallas y errores, inmediatamente encontremos excusas. Es una tendencia natural del hombre intentar

deshacerse de ese sentimiento de culpa que genera incomodidad y vergüenza.

En consecuencia, muchas personas, cuando comienzan a sentir la convicción de algún pecado, intentan inventar excusas para no sentirse culpables. Intentan pensar que, realmente, fueron otros los que causaron el problema, probablemente piensan que el problema fue por su crianza o un entorno que tuvo consecuencias negativas en ellos, o incluso piensan que no hay ningún problema, que los demás también son así. De cualquier manera, intentan librarse del sentimiento de culpa y de la convicción.

Queridos hermanos, tenemos que tener mucho cuidado con ese tipo de actitud. Quizás podamos convencernos a nosotros mismos de nuestra propia inocencia. O quizás podamos argumentar de una manera que convenza a los demás de nuestra inocencia. Pero ¿y Dios? ¿Será que Él nos considerará inocentes? ¿Es posible convencerlo con nuestros argumentos y excusas?

Cuando nos justificamos en nuestras propias mentes y frente a los demás, corremos el riesgo de no experimentar la verdadera justificación de Dios. Corremos el riesgo de resistirnos a la convicción del pecado, al arrepentimiento genuino y a la gloriosa transformación de nuestra alma. Cuando hacemos eso, perdemos la bendición que Dios tiene para nosotros y bloqueamos la obra del Espíritu Santo en nuestras vidas. Nuestra carencia de arrepentimiento frustra el progreso espiritual.

La tendencia natural del hombre es evitar la convicción de pecado. La primera reacción del alma pecadora, como en el caso de Adán y Eva, es tratar de encubrir los resultados del pecado. Ellos cosieron ropas improvisadas, juntando algunas hojas de higuera para esconder su desnudez y vergüenza. Después, cuando oyeron que Dios Se aproximaba, se escondieron. En

vez de confesar y admitir lo que habían hecho, se escondieron de ellos mismos y de Dios.

Luego, cuando finalmente no encontraron un lugar para esconderse y fueron confrontados por sus propios errores, comenzaron a acusar a otros por aquello que habían hecho. Adán acusó Eva. Ella transfirió la acusación a la serpiente. Esta es también una reacción espontánea del alma caída: acusar a los demás, en vez de admitir su propia culpa en cualquier situación.

Pero lo que todos necesitamos no es excusarnos en nuestras mentes o pasarles la culpa a otros. La verdadera libertad está en confesar nuestros pecados delante de Dios. Nuestra liberación de lo que hemos hecho (y especialmente de lo que somos) depende de la confesión y el arrepentimiento. Depende de que permitamos que la luz de Dios brille en nosotros y que aceptemos todo lo que exponga. Solo cuando nos arrepintamos realmente, estaremos listos para recibir la maravillosa obra de salvación de la transformación de nuestras almas.

El resultado de tal arrepentimiento es una comunión cada vez más íntima con Dios. Cuando nuestras conciencias son lavadas por nuestro arrepentimiento y Su perdón, se da lugar a una nueva condición de intimidad con el Todopoderoso. De esta manera, encontraremos nuevos deleites espirituales y seremos más fructíferos en nuestra obra para Él.

Querido amigo, no se resista a la obra del Espíritu Santo cuando Él le muestre su pecado. Por su propio bien, no intente huir ni esconderse. Admita delante de Él todo lo que haya dicho, hecho y pensado. Confiese lo que es: las tendencias naturales de la carne. De esa manera, será perdonado y limpiado.

Si sigue ese camino, su vida será sustituida por la de Él y comenzará, desde ahora en adelante, a “andar en vida nueva” (Ro 6:4).

3.

LA VERDAD QUE NOS LIBERA

Inevitablemente, llegamos a una parte difícil de nuestro análisis. Para que entendamos profundamente la importancia del arrepentimiento, es necesario desenmascarar algunas de las enseñanzas cristianas actuales que impiden ese arrepentimiento. Estas enseñanzas parecen indicar que un arrepentimiento sincero y completo no es necesario. Ofrecen una especie de sustituto, enseñando un camino más fácil y menos costoso para ser aceptado por Dios.

El proceso para llegar a la verdad de esas cosas puede ser un poco difícil. Esto se debe, principalmente, a que existen muchos conceptos arraigados acerca de estos asuntos. Por eso, lea con atención las siguientes secciones. Esas cosas son de máxima importancia si deseamos ser aceptados por Él el día de Su venida. No podemos arriesgarnos a equivocarnos de forma alguna a la hora de intentar entender estas preciosas y eternas verdades.

Desafortunadamente, no son pocos los conceptos modernos que están errados respecto a la obra que Jesucristo hizo por nosotros en la cruz. Y, lamentablemente, prevalecen entre las congregaciones de creyentes en todo el mundo.

Estoy convencido de que esas enseñanzas erradas tienen gran responsabilidad en el hecho de que muchos creyentes no presenten mucho progreso espiritual. Existen poquísimos cristianos cuya vida refleja, de forma significativa, la vida pura de Jesucristo.

Hay muchas doctrinas, comunes entre nosotros hoy, que parecen ser buenas e incluso atractivas, pero que no son completamente verdaderas. No reflejan fielmente el corazón de Dios ni el mensaje del

evangelio. Distorsionan sutilmente la verdad y, en consecuencia, la corrompen. Son pensamientos, conceptos casi bíblicos, que fueron infiltrándose en el cuerpo de Cristo y robando su poder y vitalidad espiritual.

La razón para destacar esos errores no es simplemente desacreditarlos o intentar mostrar que este autor está "más en lo correcto que los demás". Este análisis es de extrema importancia porque todas esas enseñanzas tienen un efecto similar.

Todas esas doctrinas disminuyen la convicción de pecado. Ellas operan para, engañosamente, liberar a los creyentes de cualquier sentimiento de culpa cuando aún no han hecho las cosas correctamente ante Dios.

Les ofrecen a los cristianos excusas plausibles para justificar el hecho de que sus vidas no reflejan la naturaleza del santo Creador. Se unen para formar una red teológica que elimina, casi por completo, cualquier necesidad de arrepentirse profunda y sinceramente.

Por lo tanto, esos errores son responsables en gran parte de la gran debilidad de la Iglesia en la actualidad. Desvían el corazón de las personas del verdadero arrepentimiento. Justifican que continuemos viviendo en pecado. "Curan superficialmente" el pecado del pueblo de Dios (Jr 8:11), proporcionando una especie de curita para su condición impura, lo que termina obstaculizando la limpieza del pecado que tan desesperadamente necesitamos para lograr una verdadera y santa intimidad con Dios. Esas doctrinas erradas son como virus de computadora que invadieron la Iglesia y le robaron su poder.

LA IGLESIA DE HOY NO ESTÁ SALUDABLE

Para ser honestos, hay que admitir que la salud espiritual de la Iglesia de hoy no está bien. La Iglesia no está bien. La prueba de eso es la cantidad excesiva de pecado en las congregaciones.

El adulterio, el sexo fuera del matrimonio, las mentiras, los engaños, los abortos, la traición, la lucha por el poder, los chismes, las calumnias, el odio, la envidia y el egoísmo son abundantes. La vestimenta, los hábitos, los valores y los pecados del mundo están invadiendo la Iglesia.

En nuestra lucha por la justicia, el mundo está venciendo. La influencia del mundo sobre la Iglesia es mucho mayor que la influencia de la Iglesia sobre el mundo. En vez de que el mundo se vuelva más recto, la Iglesia es la que se ha vuelto más mundana y pecadora.

Aunque pueda haber algunas valiosas excepciones, la tendencia general es obvia. Cualquiera que no quiera admitirlo, insiste en permanecer ciego.

Definitivamente, algo está mal. Pero ¿qué es lo que está mal? Satanás ha tenido éxito en insinuarle a la Iglesia algunas ideas erradas. Logró distorsionar algunas verdades cristianas fundamentales, transformándolas en mentiras parciales que afectan las relaciones de los creyentes con Cristo.

En lugar de un profundo arrepentimiento, tenemos un tipo de mensaje blando, diluido y tímido que hace parecer que Dios es quien busca gente que lo acepte. No se exige santidad alguna. No se enseña sobre el temor de Dios, ni se intenta obtenerlo. Hemos aceptado una serie de "creencias fáciles" que eliminan la idea del pecado de nuestras mentes.

¿Cómo se llegó a eso? ¿En qué se equivocó la Iglesia? Necesitamos dedicar un tiempo para reflexionar sobre esto, porque esos errores están profundamente arraigados y se han inculcado en la Iglesia, poco a poco, durante mucho tiempo. No existe una respuesta simple y rápida para nuestro dilema.

Sin embargo, creo que mientras veamos juntos la palabra de Dios, Su luz nos iluminará para mostrarnos un nuevo y vivo camino. Intentaremos resaltar cada idea falsa y mostrar cómo las escrituras han sido

distorsionadas maliciosamente para que nuestras vidas no experimenten el impacto del poder de Dios. Por la gracia del Señor, podremos lograr un nuevo entendimiento de Su voluntad que nos lleve a Sus brazos.

EL ESFUERZO PROPIO

Un malentendido que impide que muchos busquen la verdadera santidad, es la idea de que este objetivo se deba lograr mediante nuestros propios esfuerzos. Al principio de sus vidas cristianas, muchos convertidos demuestran un gran fervor y una gran determinación para dejar de pecar. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo o se manifiesta la carne, se dan cuenta de que esta meta es imposible.

Cuando miran a su alrededor, ven a otros que fracasan en su intento de domar el pecado. Entonces, reciben muchas enseñanzas que parecen explicar y justificar este fenómeno. Investigaremos estas enseñanzas.

El principal problema aquí es que estos creyentes no están entendiendo el evangelio. El plan de Dios no es que nuestra carne se haga santa. Su plan para nuestra antigua naturaleza y el pecado es la muerte. Debe morir para no pecar más. Su plan es eliminarlo completamente mediante la experiencia de nuestra crucifixión junto a Cristo.

Entonces vemos que es mediante Su propia vida que vive en nosotros y a través de nosotros que expresamos Su propia naturaleza santa y justa.

ELIMINACIÓN DEL PECADO

El plan de Dios para el pecado es eliminarlo de nuestras vidas. La táctica del diablo es intentar eliminarlo de nuestro vocabulario y de nuestras mentes. La idea de Dios es transformarnos a Su semejanza de

manera que no pequemos más. Su intención es hacernos santos.

La distracción del enemigo es hacernos pensar que a Jesucristo no le preocupa mucho lo que hacemos, pensamos o decimos. El diablo quiere que creamos que, independientemente de la situación real, Dios pensará que somos santos.

La Iglesia de hoy parece predicar un mensaje de que a Dios no le preocupa nuestro pecado. Tal vez no sea algo que se diga abiertamente, pero existe un pensamiento generalizado y sutil de que tal vez las generaciones pasadas de cristianos eran demasiado estrictas. Tal vez las cosas en el pasado eran demasiado legalistas.

Tal vez el Dios del Antiguo Testamento, que apareció como fuego, humo, terremoto y un insoportable toque de trompeta en el Monte Sinaí, ha cambiado. Tal vez reconsideró Su postura y pensó que sería más aceptado y popular si fuera más tolerante. Tal vez ya “superó” Su actitud intolerante anterior.

A esta impresión contribuye una comprensión descarriada sobre el perdón. La enseñanza que la Iglesia ofrece acerca de este tema ha expandido el perdón de Dios mucho más allá de lo que Él planeó.

En nuestros días, parece que, si recibimos a Jesucristo, Él perdonará de inmediato todos nuestros pecados, incluidos los del pasado, del presente y del futuro. Además de eso, una vez que lo “aceptamos”, ya Él no se preocupará mucho de si pecamos o no y, de repente, se hará la vista gorda acerca de lo que ocurra. De acuerdo con esa doctrina tan popular, ya sea que se predique de forma sutil o explícita, cuando nos volvemos hijos de Dios, el pecado no tiene mucha importancia para nosotros ni para Él.

Aunque es verdad que Jesucristo puede perdonar cualquier pecado —con la excepción, claro, del pecado contra el Espíritu Santo— no es cierto que Él lo hará sin considerar las motivaciones de nuestros corazones. La

sangre de Jesucristo es de altísimo valor para nosotros y para Dios. Esta sangre es el resultado de la muerte del único hijo de Dios, lo máspreciado, íntimo y especial para Él. Jesucristo no donó sangre como lo haría alguien en un hospital. Él fue torturado, sufrió y murió para derramar Su sangre. Eso tuvo un alto precio. Por lo tanto, esa sangre es invaluable para los ojos de Dios.

Eso significa que cuando pedimos perdón a Dios por esa sangre, debemos hacerlo con total sinceridad. Hay que tomárselo en serio. No podemos arrepentirnos parcialmente; tenemos que estar plenamente dispuestos a abandonar nuestro pecado.

Dios conoce las motivaciones de nuestros corazones. Él conoce nuestros pensamientos secretos desde lejos (Sal 139:2). Esto significa que, si no se pide perdón con sinceridad desde el corazón, no podemos ser perdonados. Está escrito: “(...) acerquémonos [a Dios] con corazón sincero (...)” (Hb 10:22). Cualquier cosa diferente a eso no funcionará.

Dios no perdonará a un hipócrita. Cualquiera que piense que puede engañarlo o, simplemente, usar Su perdón como un medio para escapar de las consecuencias de sus acciones, encontrará una sorpresa desagradable. “Dios no puede ser burlado” (Gá 6:7). No puede haber perdón sin un arrepentimiento cien por ciento sincero. Está escrito: “Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón” (Jr 29:13).

El rey David amonestó a su hijo diciendo: “Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sívele con corazón perfecto y con ánimo generoso; porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos (...)” (I Cr 28:9).

FALTA DE ARREPENTIMIENTO

Es verdad, también, que Dios no perdonará pecados de los cuales no nos hayamos arrepentido. Si tuviéramos, en nuestras vidas, en el pasado o presente, pecados de los cuales no nos hayamos arrepentido todavía, no se nos han perdonado. No es cierto que, cuando “recibimos a Jesucristo”, nuestro registro celestial se limpia y podemos comenzar todo de nuevo, como si nunca hubiéramos hecho nada malo. Por el contrario, debemos arrepentirnos de los pecados que conocemos.

Además, necesitamos arrepentirnos de las cosas ocultas y olvidadas que Él traiga a la luz a medida que andemos con Él. Solamente entonces, Dios perdonará y olvidará los pecados. “Lo que antes fue, ya es, y lo que ha de ser, fue ya; y Dios restaura lo pasado” (Ec 3:15).

Mi intención no es exhortar a una total introspección. No quiero decir que debemos dedicar mucho tiempo a hurgar en el pasado para encontrar un error minúsculo. Simplemente, estoy diciendo lo obvio. Nada en el pasado o el presente está escondido para Él. Debemos estar atentos a Su Espíritu para que Él pueda convencernos de nuestros pecados, a fin de que podamos arrepentirnos y ser limpiados.

Es importante, también, que continuemos abiertos a la obra del Espíritu Santo que trae esas cosas a nuestra memoria, para que podamos disfrutar de un arrepentimiento y una transformación más plenos. Si estamos conscientes de un pecado y no nos arrepentimos por haberlo cometido, ¡no hay perdón de Dios!

Los creyentes inmundos que andan en pecado *no* son y no serán perdonados a menos que se arrepientan. Es completamente absurdo imaginar que serán perdonados. Este es un grave error. No existe posibilidad de que el Padre acepte la infinita y preciosa sangre de Su Hijo como una oferta para perdonar a un creyente que continúa pecando y no se arrepiente. “(...)

porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos” (I Cr 28:9).

JUSTIFICACIÓN

Otra doctrina que ha alterado la verdad es la de la justificación por la fe. Parece que hoy muchas personas piensan que eso significa que una vez que crean en algunas verdades acerca de Jesucristo, como Su divinidad, Su muerte y resurrección, etc., estarán completamente justificadas delante de Dios. Imaginan que, desde ese momento, Dios no puede ver sus pecados, sino únicamente la sangre de Jesucristo. Nada podría estar más lejos de la verdad.

Dios siempre sabe cuándo pecamos. Eso es innegable. Cada vez que pecamos, Él sabe todo lo que sucedió. Nuestro Padre nunca pierde la cuenta de cuantos cabellos hay en nuestra cabeza (Mt 10:30). ¿Cómo podría Él no darse cuenta cuando pecamos? Partiendo de este hecho, ¿qué significa, entonces, ser justificado?

Ser justificado significa que Dios nos considera justos; que Él tiene una relación personal con nosotros e interactúa con nosotros como si fuéramos verdaderamente justos. Por causa de la sangre de Su Hijo, Él puede tener comunión con nosotros de ese modo. Y Él tiene una base “legal” para actuar así por algo llamado “fe”. Somos justificados delante de Dios por nuestra fe en Jesucristo.

¿Qué es fe exactamente? Es de extrema importancia que entendamos este concepto, porque es a través de la fe que somos justificados. Si la tenemos, Dios nos tendrá por justos. De lo contrario, Él no nos considerará justos. Entonces, es esencial que tengamos esa fe, a fin de que continuemos disfrutando de esta relación bendecida con Dios.

¿QUÉ ES LA FE?

En pocas palabras, la fe es nuestra respuesta cuando Dios se revela. Él nos revela algo sobre Sí mismo y respondemos afirmando que eso verdaderamente viene de Él. Está escrito: “Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él” (Jn 2:11).

Tenga en cuenta el orden de estas cosas. Primero, Jesucristo se manifestó. Después, los discípulos creyeron. A menos que Dios nos revele algo de Sí mismo a nosotros, es imposible creer. No podemos definir con palabras humanas la manera en que Dios se le revela a cada persona. Para Él, hay un sinnúmero de formas y medios.

Creo firmemente que a cada ser humano se le ha mostrado (o se le mostrará) la persona de Cristo durante su vida, de una forma u otra. Fe es cuando el individuo tiene una reacción positiva. Desobediencia es cuando alguien rechaza lo que percibió. Cuando Dios se revela, el corazón humano o ama y aprueba lo que recibe, o lo odia y rechaza.

La fe no es un ejercicio mental. No es una afirmación de algunas verdades sobre Jesucristo. Nos convertimos porque, de alguna forma, vislumbramos la Persona de Cristo y creímos en Él, y no porque simplemente creímos en algunas verdades doctrinales acerca de Él. Somos salvos por nuestra fe en Él, y no por una teología sobre Él.

La verdadera fe es nuestra respuesta a la revelación de Dios. Cuando Él se nos revela y confirmamos que lo que vimos viene de Él, solo entonces, somos justificados. Cuando habla, nosotros escuchamos. Cuando revela Su carácter, lo amamos. Cuando nos muestra Sus caminos, los aprobamos. Cuando nos revela nuestros pecados, estamos de acuerdo con lo que vemos. Esta es nuestra respuesta de fe a Su revelación. Luego de esto, Dios interactúa

con nosotros basado en la sangre de Jesucristo, y nos considera justos.

Supongamos que pecamos. Hicimos o dijimos algo que ofendió al Señor. En nuestro espíritu, Dios revela Su descontento. Sentimos Su hablar en nuestra consciencia. Él nos revela cómo lo ofendió nuestro error, pero, tal vez, no respondemos con fe. Rechazamos Su voz en nuestra consciencia. Es posible que nos resistamos a lo que nos revela sobre Su justicia en relación con nuestra falla. En nuestros pensamientos, nos justificamos a nosotros mismos. En vez de creer —respondiendo con arrepentimiento para, luego, ser justificados por Él— rechazamos Su revelación.

Por consiguiente, ya no estamos viviendo por fe. No estamos respondiendo positivamente a Su revelación. Él nos está hablando, pero no lo estamos escuchando. Nos está revelando algo, pero nos estamos resistiendo a esa revelación. No estamos creyendo ni aceptando lo que nos está mostrando. Nos está revelando nuestro pecado, pero estamos rechazando esa revelación.

¿Puede ser posible que Él todavía nos considere justos? ¿Todavía estaríamos andando por fe? ¿La fe que un día tuvimos sería suficiente para engañarlo y que no se dé cuenta de que estamos rebelándonos contra Él ahora? ¿Estamos justificados delante de Él con nuestra rebeldía actual? ¡Definitivamente no!

FE VIVA QUE JUSTIFICA

A fin de que nuestra fe sea genuina, necesita estar actualizada. Debe estar activa hoy, en este momento exacto. Santiago dejó esto muy claro cuando dijo: “(...) la fe sin obras está muerta” (Stg 2:26). Eso quiere decir que, si nuestra fe está viva y, por tanto, es genuina, se manifestará hoy en nuestras acciones. Nuestras “obras” —lo que hacemos y decimos— reflejan que nuestra fe

está viva; demuestran que estamos en contacto activamente con nuestro Creador.

Nuestra fe presente está viva cuando nos lleva a una relación íntima con Dios y cuando Él está en comunión con nosotros. De esta manera es que "(...) por fe andamos, no por vista" (II Co 5:7). Andamos en comunión con Él, siempre respondiendo con fe a lo que Él nos revela de Sí mismo en cada momento. El resultado de esa comunión son nuestras acciones u "obras" que revelan que nuestra fe está viva.

Por otro lado, la fe muerta no nos justificará. Una fe desactualizada, que en este exacto momento no está respondiendo a lo que Dios está revelando, no puede agradar a Dios. Es una fe muerta e inútil.

Incluso los demonios tienen una especie de fe, tal vez más que muchos cristianos. Ellos creen en muchas verdades acerca del Altísimo. Hasta tienen el buen criterio de temblar cuando piensan en esas verdades. Pero no tienen comunión con Dios. No están en una relación de fe con Él. No responden a Su dirección en cada momento. No están siendo justificados. De la misma forma, la fe muerta de un cristiano no puede justificarlo delante de Dios.

Una fe muerta es algo que pertenece al pasado. Es algo que una vez creímos cuando respondimos al Señor. La fe muerta es una cosa mental y estática de algo de lo que fuimos convencidos una vez.

Pero tales hechos del pasado no constituyen una fe que nos justifique ahora, delante de Dios. Por ejemplo, supongamos que un día usted creyó en Jesucristo. Él se le reveló y usted respondió positivamente a esa revelación. Creyó en Él y nació de nuevo. Hasta aquel momento, su fe era viva. Usted fue justificado por Él.

¿Y hoy? ¿Su fe todavía es activa y viva? ¿Todavía está respondiendo a todo que Él le revela sobre sí mismo y Su voluntad? ¿Está disfrutando de una vida en comunión con Él? ¿Está oyéndolo y obedeciendo? ¿Su

fe, hasta este minuto, es del tipo que lo justifica? ¿O está en una posición un tanto distante de Él?

Para que seamos justificados por la fe hoy, debemos tener una fe que esté activa hoy. Tomemos un ejemplo de personas que recibieron al Señor hace algunos años, pero que, en el intervalo entre aquel momento y ahora, comenzaron a vivir en pecado.

Supongamos que comenzaron a tener relaciones sexuales fuera del matrimonio, mentir acerca de algunas cosas, hacer cosas ilícitas o robar en el trabajo, consumir drogas o hacer otras cosas similares. ¿Cree que Dios considera que esas personas son justas o rectas? ¿Cree que Él se volvió ciego y tonto?

Para que estas personas sean justificadas de nuevo, deben arrepentirse. Deben reactivar su fe y hacerse obedientes. Deben responder a lo que Dios les está hablando en sus espíritus en este momento, y arrepentirse. Si hicieran eso, Dios las considerará justificadas otra vez. Él tendrá comunión con ellas nuevamente, basado en la sangre de Jesucristo.

Pero si alguien decidiera continuar viviendo en pecado, si se opusiera a la obra del Espíritu Santo en su vida y se resistiera a Su convicción de pecado, continuará teniendo una fe muerta. Por lo tanto, no estará siendo justificada. Esas personas necesitan arrepentirse. Necesitan buscar el perdón de Dios, repudiar sus pecados y colocar la parte de sus almas que está produciendo el pecado para morir junto en la crucifixión con Jesucristo.

Solamente entonces estarán calificadas, una vez más, para considerarse justificadas a los ojos de Dios. Esta es la verdadera justificación por la fe.

Se nos dijo claramente: “El justo por la fe vivirá” (Gá 3:11). Dios nos considera justos solo cuando estamos “viviendo por la fe” de la manera descrita anteriormente.

¿ES POSIBLE IR DEMASIADO LEJOS?

Lo que hemos mencionado nos hace plantear una importante pregunta. ¿Es posible ir demasiado lejos? ¿Un hijo de Dios puede pecar y continuar pecando hasta que ya no pueda arrepentirse? La respuesta parece ser “sí”. Parece ser posible que las personas endurezcan sus corazones, vayan contra su propia consciencia y se resistan a Dios hasta llegar a un punto en el que ya no puedan arrepentirse. Ya no se sienten tristes de verdad por sus pecados delante de Dios.

Está escrito en He 6:4-8: “Es imposible que los que una vez fueron iluminados, gustaron del don celestial, fueron hechos partícipes del Espíritu Santo y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndolo a la burla. La tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida y su fin es ser quemada”.

Tenga en cuenta que el fin de tales creyentes es “ser quemados”. Tal vez recuerde el comienzo de este libro, cuando hablamos de la intensa y ardiente presencia de Dios. Es posible que también recuerde que cualquier cosa pecaminosa y no transformada será consumida en Su presencia. La presencia del Dios Santo quemará cualquier cosa que no coincida con Su naturaleza. Esos versículos confirman todo lo que hemos hablado.

Por lo tanto, todos debemos tener una buena dosis de temor de Dios. Debemos tratar nuestra preciosa relación con Jesucristo como algo serio y extremadamente importante. Nunca debemos jugar con el pecado ni con el sacrificio de nuestro Señor por nosotros. Estemos conscientes de las serias consecuencias del pecado. “Conociendo, pues, el temor

del Señor, persuadimos a los hombres” (II Co 5:11). (Tenga en cuenta que el contexto de ese versículo habla solamente acerca de creyentes.)

Esaú es un ejemplo de alguien que no pudo arrepentirse. Llegó a tal punto de dureza de su corazón que no pudo arrepentirse genuinamente. Su corazón había perdido la calidez hacia el Señor. No le dio la debida importancia a las cosas preciosas del Señor y las intercambió por gratificación temporaria y terrenal. Pero un día se dio cuenta de lo que había perdido y lo quiso recuperar.

Sin embargo, parece que lo quería recuperar sin reconocer sinceramente su pecado. Tal vez se haya dado cuenta de que había perdido algo, pero no estaba dispuesto a confesar su error humildemente. Él quería rasgar sus vestimentas, pero no su corazón (Jl 2:13).

Incluso llorar y lamentarse delante de Dios no pudo devolverle lo que había perdido. No pudo lograr un arrepentimiento genuino. “Ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no tuvo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas” (Hb 12:17).

Esa historia terrible debe servirnos de aviso a todos nosotros. Siempre debemos tomarnos en serio las preciosas cosas de Dios. Debemos acudir a Él con reverencia y divino temor. Debemos tener el más alto respeto por lo que Él ha hecho por nosotros. Nuestro arrepentimiento debe ser sincero. Nuestra fe debe ser viva. Solamente de esa manera nos considerará aptos cuando Él vuelva.

Hay otro pasaje de la Biblia que confirma esa misma verdad: “Si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la Ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo

pensáis que merecerá el que pisotee al Hijo de Dios, y tenga por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado y ofenda al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: 'Mía es la venganza, yo daré el pago', dice el Señor. Y otra vez: 'El Señor juzgará a su pueblo.' ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!" (Hb 10:26-31).

Ese pasaje está hablando claramente sobre los cristianos. Solamente ellos pueden ser calificados como "nosotros", los que ya han "recibido el conocimiento de la verdad" y "Su pueblo". Una vez más se habla del "fuego" que viene de Jesucristo para los no arrepentidos, que "ha de devorar" a aquellos que sean desobedientes. La palabra "adversarios" no necesariamente se refiere a "enemigos" o incrédulos, sino a aquellos que se han puesto en contra o en oposición de Jesucristo.

El "pecado voluntario" sobre el que leímos aquí no es aquel que ocasionalmente cometemos sabiendo que es errado. La verdad es que todos los creyentes hacen eso de vez en cuando. Se refiere a cuando el individuo persiste en el pecado conociéndolo. Continúa en rebeldía, resistiéndose a la convicción del Espíritu Santo por un período largo. Esa rebelión obstinada parece producir una dureza de corazón que, con el tiempo, hace imposible que un creyente se pueda arrepentir con sinceridad.

UN EJEMPLO MODERNO

Tuvimos una experiencia reciente con una persona en una situación similar. Un hombre que conocimos cometió adulterio con la esposa de otro hombre, una hermana de la Iglesia. Cuando fuimos a hablar con el hermano, lo exhortamos para que se arrepintiera, y no para un simple y rápido "discúlpeme", sino para sentir un profundo sentimiento de culpa y aborrecerse.

Le dijimos lo que sus acciones podrían causar, tal como ocurre en situaciones similares: podría destruir el matrimonio de la otra mujer; provocar un divorcio; dejar niños sin uno de sus padres y, tal vez, sin soporte financiero; además de causar un gran número de consecuencias permanentes, dolorosas, crueles y devastadoras. Como las olas en un lago cuando se lanza una piedra, el pecado trae consecuencias que impactan muchas otras vidas a nuestro alrededor.

Durante nuestra conversación, descubrimos que la vida de aquel hombre tenía una larga historia de adulterio y pecados sexuales. Era algo que lo había dominado durante varios años. Parecía que nunca había sido capaz de llegar a un profundo y real arrepentimiento, lo que impedía que Dios lo limpiara. Entonces, sugerimos que eso era lo que él necesitaba: llegar al punto de aborrecerse a sí mismo y sus lujurias y arrepentirse verdaderamente.

Su respuesta para nosotros fue algo como esto: “Yo ya estoy restaurado”. “Ya me reconcilié con Dios”. “No necesito nada de lo que me están sugiriendo”. “¡Rechazo esa idea!”. Lamentablemente, no tuvimos más opción que dejarlo con su rechazo al arrepentimiento sincero e introspectivo. Es completamente posible que, sin tal arrepentimiento, aquel pecado continúe operando en su vida y alcance las vidas de otros también. Lo último que escuché sobre él es que ahora es el pastor de una Iglesia en una ciudad cercana.

Juan enseña que “(...) Hay pecado de muerte” (I Jn 5:16). Eso no necesariamente se refiere a la muerte física, sino que puede referirse a la destrucción final del alma pecaminosa. Parece que hay un límite que puede cruzar un cristiano que impide que pueda arrepentirse.

Juan explica que no debemos orar por esas personas. Nuestras oraciones no tendrían utilidad. Sus destinos están sellados. Aunque la oración por otros

creyentes en pecado hará que florezca la “vida” de Dios en ellos, la oración por una persona que no se arrepiente no tendrá ningún efecto positivo.

La verdad es que es casi imposible saber cuándo alguien ha ido demasiado lejos. De ninguna forma humana y natural se puede identificar que alguien ha pasado este punto. Solamente Dios conoce nuestros corazones. Él sabe dónde queda ese límite.

Entonces, queridos hermanos y hermanas, permanezcamos lejos de esa línea. No dejemos que nuestra fe vacile. Mantengamos una relación de fe viva con nuestro Creador y siempre dejemos que Él nos lleve a un arrepentimiento profundo.

NO SE PUEDE SER REALMENTE SANTO

Hay otra mentira muy común en nuestros días: la idea de que los cristianos no pueden ser santos. Parece que muchos —tal vez la mayoría de los creyentes— piensan que podemos dejar atrás algunos de nuestros pecados más prominentes, pero que no es posible lograr una santidad real y visible.

Parecen creer que pueden mejorar un poco en esta vida, pero que ser verdaderamente santo es un sueño imposible de alcanzar. Otra creencia va de la mano con esa: la de que a Dios no le importa mucho eso. Que a Él no le importa si somos completamente santos o no.

Esa mentira impide que los creyentes puedan alcanzar el objetivo. No esperan ser verdaderamente purificados del pecado. No esperan poder cambiar de forma dramática, así que, simplemente, se adaptan a sus vidas de imperfección y pecado.

Pero Dios en Su palabra nos exhorta a ser santos: “(...) sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (I Pe 1:15, 16). También se nos enseñó: “Seguid

la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hb 12:14). En II Corintios 7:1, se nos exhorta a perfeccionar la santidad en el temor de Dios. Esos son solamente algunos de los varios versículos en la Biblia en los que se nos exhorta a buscar la rectitud y santidad.

Esa santidad que nos pide el Maestro no es algo que existe solamente en Su mente. No es algo meramente teórico, mental o doctrinal. No es una postura. Es un tipo de santidad que es real, tangible y vivida por nosotros. Es una pureza que los demás notan. Es una rectitud que es visible para aquellos que viven y se relacionan con nosotros.

Esa vida sobrenatural, de rectitud genuina, no es algo que podamos producir. No es un resultado del esfuerzo humano. No es algo que se adquiere a través de fuerza de voluntad, determinación o dedicación.

El estándar de justicia requerido va mucho más allá de lo que cualquier ser humano pueda alcanzar. Por el contrario, es el resultado de otra vida. Se logra cuando alguien verdaderamente recto vive en nosotros y se manifiesta a través de nosotros.

Como hemos visto, el plan de Dios es darnos Su propia vida. Después, Su vida crecerá dentro de nosotros. A medida que crece, se expresará de forma cada vez más clara. Su propia naturaleza, que es supremamente santa, comenzará a notarse en nosotros. Por consiguiente, comenzaremos a exhibir una justicia genuina y visible. Pensaremos, diremos y haremos cosas santas.

Sin embargo, esa rectitud no es algo que “nosotros” hacemos. No proviene de nosotros (Ef 2:8), sino de Dios. Es el resultado de que Su vida viva, se mueva, piense y sienta dentro de nosotros. Ese es Su plan.

Insistir que no podemos ser perfectos es insistir que la obra de la salvación de Jesucristo también fue imperfecta. Es como decir que fue incompleta. Cuando se piensa de esa forma, se afirma que aunque

podemos cambiar un poco, la obra de Dios en la cruz no es suficiente para completar el trabajo en nuestras vidas. Es obvio que eso no puede ser verdad. Él dijo claramente: “¡Consumado es!” (Jn 19:30).

Además de eso, pensar que no podemos ser perfectos es declarar que la vida de Jesucristo no es perfecta, pues es Su vida la que debe manifestarse por medio de nosotros. Si se nos exigiera que lográramos algún tipo de rectitud propia, es evidente que nunca podríamos ser perfectos. Pero, ya que es la vida perfecta del propio Dios la que vive en nosotros, ciertamente podemos reflejar Su naturaleza de todas las formas. Nuestra vieja vida fue completamente crucificada con Él y Su nueva vida está completamente disponible para nosotros.

El camino para obtener esa vida elevada es el arrepentimiento. Todos necesitamos experimentar un constante y profundo arrepentimiento para obtener vida. Cuanto más Dios nos capacita para arrepentirnos, más experimentamos Su muerte y resurrección. Cuánto más Su vida crece dentro de nosotros y comienza a predominar en nuestro interior, más tendremos el privilegio de disfrutar y exhibir verdadera santidad.

Nunca debemos mirar el comportamiento de aquellos que nos rodean y justificar nuestros pecados por su incapacidad de ser santos. Debemos mirar atentamente el rostro de Jesucristo, permitiendo que nos transforme en aquello que Él es. Esa es la verdadera salvación.

TRANSFORMACIÓN INSTANTÁNEA

Otro error común encontrado en la Iglesia contemporánea es el pensamiento de que nuestra condición presente no es tan importante porque seremos transformados súbitamente más tarde. Muchas personas creen que, cuando Jesucristo vuelva, todos seremos transformados instantáneamente en

aquel momento. Tal vez Él nos toque con una varita mágica y ¡puff!, seremos inmediatamente santos y justos.

Muchos piensan: ¿por qué necesitamos ser santos hoy? Parece ser tan “difícil”. ¿Qué diferencia tiene si todavía somos un poco pecaminosos, si nos permitimos un poco de placer sexual, si de vez en cuando cometemos algún error o si nos permitimos hacer cosas que sabemos que están mal? Si todos seremos transformados instantáneamente más adelante, ¿qué diferencia tiene si somos completamente santos o no, hoy?

Ese error parece basarse, principalmente, en el siguiente versículo: “Os digo un misterio: No todos moriremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta, porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles y nosotros seremos transformados” (I Co 15:51, 52). No cabe duda de que lo que dice este versículo es cierto. Eso pasará.

Sin embargo, necesitamos estar conscientes de su contexto. Ese pasaje está hablando sobre la glorificación de nuestro cuerpo. No se refiere a las almas. Nuestro *cuerpo* será instantáneamente transformado.

Pero con respecto a nuestro interior, nuestra alma, la Biblia siempre dice que se trata de un proceso y no de un evento. Es algo que necesitamos “desarrollar” con temor y obediencia, cooperando con Dios (Fp 2:12). Eso es algo que toma tiempo.

En ninguna parte de la Palabra de Dios se establece la noción de que la transformación del alma sea un evento instantáneo. En todo el Nuevo Testamento, se nos exhorta a perseverar, a obtener, a cargar la cruz, a negarnos a nosotros mismos y a que nos hagamos santos aquí y ahora.

La vida de Dios debe crecer y madurar en nosotros. Ese proceso requiere tiempo y disposición. Ninguna

vida madura de repente. Solo un hongo, un insignificante y blando hongo, es capaz de brotar de la noche a la mañana. Solamente a través de nuestro continuo y cada vez más profundo arrepentimiento podremos llenarnos de la vida de Dios y no avergonzarnos de reunirnos con Él cuando vuelva.

Ya que la verdadera santidad es el resultado de que la vida divina de Dios crezca dentro de nosotros, ¿cómo sería posible que esa vida creciera instantáneamente? No tiene sentido pensar que, después de resistirnos a la transformación por muchos años, después de rehusarnos a dejar que nuestra propia vida muera, después de rechazar tercamente y no ceder ante las palabras de Jesucristo, de repente, cuando Él vuelva, nos subyugará y transformará de inmediato.

Esto no es más que una tontería y una ilusión. Significa que no se entiende cómo funciona el proceso de la transformación.

MALENTENDIDOS ACERCA DEL PERDÓN

El perdón es algo maravilloso. Todos lo necesitamos. Somos bendecidos por el hecho de que Dios es un Dios de compasión y perdón. Sin el perdón que Jesucristo nos da, estaríamos completamente perdidos. El poder del perdón por la sangre de Jesucristo tiene un valor inestimable.

Aunque eso es cierto, muchos creyentes interpretan el perdón erróneamente. Suponen que la misión de Jesucristo, cuando vino a la tierra y murió por nuestros pecados, fue meramente para perdonarnos. Tal vez imaginaron que la próxima nueva creación estará llena de pecadores que seguirán pecando y necesitarán ser perdonados todos los días. Tal vez piensen que continuarán pecando eternamente y que Dios continuará perdonándolos para siempre.

La verdad es que cualquiera que peque no podrá entrar en el futuro nuevo mundo. Serán completamente

excluidos. Si entrasen, podrían pecar. De hecho, sería inevitable. Tarde o temprano pecarían y ese pecado destruiría la nueva creación de Dios. Por esa razón, no tendrían permiso para entrar.

Veamos el ejemplo de Adán y Eva. ¿Cuántos pecados fueron necesarios para destruir la presente creación de Dios? Solamente uno, pero ese pecado tal vez no parezca tan malo a nuestros ojos. Eva no mató a nadie. No cometió pecado sexual, como muchos piensan. No le robó a nadie. Por el contrario, su pecado fue una simple desobediencia.

Aunque ese pecado parezca relativamente “pequeño”, fue lo suficiente para devastar la tierra recién creada por Dios. Todo dio errado. La muerte tuvo su inicio. Una infinita variedad de pecados comenzó a crecer en el corazón del hombre y a manifestarse. El asesinato no tardó en aparecer. Guerras, violaciones, robos, odio, conflictos y todo tipo de maldades que llenan nuestro mundo actual provinieron de aquel “pequeño” incidente.

Incluso el curso de la naturaleza cambió. La tierra comenzó a producir maleza. Los animales comenzaron a matar y a comerse unos a los otros. Plagas de insectos comenzaron a atormentar a hombres y animales. Aparecieron enfermedades. Ocurrieron hambrunas y plagas. Aparecieron perversidades de todo tipo.

Por lo tanto, es fácil concluir que ningún pecador entrará en la nueva creación. Ellos, simplemente, no tienen permiso para entrar. Si entraran, luego pecarían y echarían a perder la nueva creación, como nuestros ancestros echaron a perder la actual.

Por este motivo, antes de que la nueva creación comience, hace falta solucionar el problema del pecado en nuestras vidas. Algo necesita ocurrir. Necesitamos ser transformados hasta que no pequemos más. Necesitamos ser transformados a la imagen de un Cristo santo.

La gran bendición es que nuestro amado Dios tiene un plan. Él nos ofrece una provisión completa a fin de que podamos ser absolutamente transformados. Su plan se llama: “arrepentimiento para la vida”.

Está escrito: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn 1:9). Ese versículo nos muestra que Dios hará dos cosas. Cuando nos arrepintamos, es decir, “confesemos” nuestro pecado, Él nos perdonará. Pero también hará algo más. Él nos “limpiará”.

La palabra “limpiar” no es solo un sinónimo de perdonar. Significa que Él obra en nosotros para limpiarnos de forma que no pequemos más. El pecado que nos contaminaba será limpiado de nuestras vidas. Dios trabaja junto con nosotros para crucificar nuestra vida y naturaleza pecaminosa y sustituirlas por Su propia vida y naturaleza santa. Ese es exactamente Su maravilloso plan para todo creyente.

Es interesante que la palabra “confesar”, en griego, significa “hablar juntos”, como si dos personas dijeran lo mismo al mismo tiempo. Así que una vez más vemos que cuando estamos de acuerdo (hablamos juntos) con Dios sobre nuestro pecado y Su juicio de muerte hacia nosotros, Él nos perdonará y limpiará.

Como puede ver, el perdón no es el máximo propósito de Dios. No es el fin. No es Su intención final. Por el contrario, es el *medio* por el cual se alcanza ese fin. Ese “fin” es la completa transformación de nuestra alma. Él nos perdona para que pueda comenzar una relación con nosotros. Su perdón, basado en la sangre de Jesús, permite que Su santidad interactúe con nosotros.

Pero esa interacción no es solamente tolerar o pasar por alto nuestro pecado. Existe un propósito mucho más importante: cambiarnos y purificar nuestras vidas completamente a fin de que no pequemos más. Hacernos parecidos a Él. Prepararnos para Su venida.

Alabado sea Dios, ¡Él prometió purificarnos de todo pecado!

El perdón, que está abundantemente disponible para todos, es lo que abre el camino para que nos acerquemos a Dios. Tal vez pueda compararse a una especie de boleto que usamos para entrar a un espectáculo o un evento deportivo. El verdadero “espectáculo” es la transformación, o la salvación, de nuestras almas. Este es el resultado que el perdón nos permite experimentar.

A través del perdón de Dios, tenemos acceso a la salvación que nos otorga. El perdón es el camino por el cual accedemos a todo lo que Jesucristo tiene para nosotros. No abusemos de ese perdón imaginando que es una manera fácil de evitar el futuro juicio de Dios, más bien usémoslo para obtener todo lo que Él ha hecho disponible para nosotros.

4.

EL JUICIO VENIDERO

Todos los creyentes, algún día, estarán delante de la presencia no diluida de Dios: “(...) porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo” (Ro 14:10). En ese momento, lo que somos y lo que hemos hecho será puesto a prueba por Su intensa y ardiente presencia. Todos pasaremos por ese fuego divino.

Está claro que no solamente nuestras actitudes, palabras y hechos serán analizados por el fuego santo, ya que también nos probará a *nosotros mismos*. Las escrituras nos enseñan: “la obra de cada uno se hará manifiesta, porque el día la pondrá al descubierto, pues por el fuego será revelada. La obra de cada uno, sea la

que sea, el fuego la probará. Si permanece la obra de alguno que sobreedificó, él recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quema, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego” (I Co 3:13-15).

La mayoría de los creyentes ya sabe que sus obras serán probadas por este fuego, pero parece que muchos todavía piensan: “Podría perder algunos galardones, pero ¿cuál es el problema?”, o “¿Qué diferencia habrá, para mí, si algunas de mis obras se quemaran?”. Pero lo que no ven es que *ellos también serán probados por el mismo fuego!* Todavía pueden ser “salvos”, pero estarán, sin protección ni excusas, expuestos ante la intensa y ardiente presencia del Dios todopoderoso.

Para algunos será una experiencia terrible. Sufrirán vergüenza y pérdida. Sus pecados sin confesar serán expuestos y su naturaleza pecaminosa será totalmente consumida por el fuego eterno.

Para otros será una experiencia maravillosa. Verán, cara a cara, a aquel que transformó y limpió sus vidas. Se alegrarán con una alegría que no puede expresarse con palabras humanas.

Cuando estemos delante de Dios, las “partes” no santas e impuras de nuestra alma serán destruidas. Las partes no transformadas de nuestro ser serán consumidas. Esas áreas pecaminosas de nuestra alma no entrarán en la nueva creación porque serán destruidas o “perdidas” cuando Él venga. Esta es una importante verdad bíblica que muchos creyentes no conocen, a pesar de que sea crucial entenderla.

¿Cómo podemos tener certeza de todo eso? Para comenzar, debemos recordar el comienzo de nuestro análisis sobre la inimaginable esencia concentrada de Dios. En Su presencia directa, la santidad, pureza, honestidad y amor (en resumen, toda Su naturaleza divina) se manifestarán de una forma pura.

Únicamente lo que sea como Él pasará la prueba. Cualquier cosa diferente será consumida por este “fuego”. Ninguna “parte” que practique el pecado, ninguna “parte” egoísta, ninguna “parte” que apruebe la injusticia podrá existir allí. Solamente aquello que sea de la misma naturaleza de Dios podría pasar la prueba.

Si le dijera que puedo colocar un pedazo de papel de periódico en un fuego intenso y que no se quemaría, no me creería. De igual modo, ningún hombre “natural” será capaz de permanecer en la presencia de Dios porque será consumido.

En aquel momento, será muy tarde para pedir perdón. Ese día, ni siquiera el arrepentimiento funcionará. Simplemente, no habrá más tiempo ni oportunidad para que funcione el proceso de transformación. No habrá más tiempo para que la vida de Dios crezca en nosotros. Ninguna cantidad de perdón, en aquel momento, podrá proteger nuestras almas no transformadas de la intensidad de Dios.

EL EJEMPLO DE MOISÉS

Moisés amaba a Dios, y tenía curiosidad por verlo. Por esto, un día le hizo una petición: “Te ruego que me muestres tu gloria” (Ex 33:18). Pero Dios tuvo que explicarle algo. Lo que estaba pidiendo era absolutamente imposible. Moisés no podía ver Su rostro. Él era incapaz de permanecer en Su presencia directa. ¿Por qué? Dios explicó diciendo: “Dijo más: No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre y vivirá” (Ex 33:20).

¿Por qué sería eso así? Si alguien viera al Señor accidentalmente, ¿Dios tendría que matarlo? ¿Sería un castigo por ver algo que no debería ver? No, esa es la consecuencia natural de la santa presencia de Dios. Ningún simple humano podría resistirla, no es posible sobrevivir esa experiencia. Entonces, al final, Dios le reveló “Su espalda” a Moisés, pero no Su rostro.

El hombre natural, con su naturaleza pecaminosa, no conseguirá permanecer en la presencia de un Dios santo. Cualquier cosa en nosotros que no corresponda con la naturaleza divina se quemará: “porque nuestro Dios es fuego consumidor” (Hb 12:29). Este es el único resultado posible del encuentro de cualquier hombre o mujer con Él. Cualquier cosa que quede de la vida natural y pecaminosa será consumida.

Este será el cumplimiento de la segura promesa de Jesucristo. Él enseñó: “Porque todo el que quiera salvar su vida [alma, PSUCHÊ], la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mt 16:25; Mr 8:35; Lc 9:24, 17:33; Jn 12:25). Cualquier parte de nuestra antigua vida, nuestra alma, que no ceda ante la crucifixión hoy se “perderá” mañana, cuando Jesucristo vuelva. Esta no es una enseñanza incierta, por el contrario, está bien clara.

Esa verdad era tan importante para los autores de los evangelios que la mencionaron cinco veces en las escrituras. Cualquiera que se rehúse a entregar su vida y naturaleza antigua a la muerte a través de la cruz de Cristo, ciertamente la perderá, sin remedio, en el día en que Jesucristo vuelva.

No hay otra posibilidad. Tenemos absoluta certeza de que ninguna cosa pecaminosa pasará a la nueva creación. También sabemos que el pecado no permanecerá en la presencia de Dios. Entendemos, también, que un crecimiento o transformación espiritual instantánea no es posible. Entonces, la única opción es que nuestra vieja “vida”, “alma” y “ser” se pierdan en el tribunal, exactamente como Jesucristo nos prometió. Cualquier “parte” no transformada de nuestra alma se quemará.

Ahora es el momento para prepararnos para este evento. Nuestro Creador no quiere que perezcamos. Él nos trajo salvación: Su propia vida eterna. Esa vida eterna e indestructible puede sustituir la nuestra. Podemos morir para que Él viva en nuestro lugar.

Podemos ser crucificados con Él y también resucitar y vivir en novedad de vida.

De esta forma, podremos resistir todo fuego. Nos transformaremos en un tipo de criatura que puede sobrevivir estando en la presencia de Dios. Seremos como es Él a través del poder salvador de Su vida, que Él mismo nos dio. Así, estaremos preparados para encontrarnos cara a cara con Él.

Parece que muchos creyentes, al igual que Moisés, se contentan con solamente mirar la “espalda” de Dios. Cuando Moisés lo vio, vio que era “fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad” (Ex 34:6). Esos aspectos de Dios son verdaderamente maravillosos. Son preciosas virtudes que todos nosotros necesitamos ver y comprender.

Sin embargo, Dios es mucho más que eso. Aunque podamos deleitarnos en lo que vemos en Sus “espaldas”, un día veremos Su rostro. Cuando eso ocurra, contemplaremos Su extrema santidad, Su ardiente y consumidora rectitud, Su pura y resplandeciente justicia, y mucho más.

Todos los cristianos necesitan conocer a Dios íntimamente, no solo los aspectos más “agradables” de Sus “espaldas” —como la misericordia y el perdón—, sino también Conocerlo cara a cara. A través del arrepentimiento y del perdón, debemos entrar en intimidad con Él. Debemos mirar Su rostro glorioso, para que seamos transformados a Su imagen (II Co 3:18).

Solo si nos acercamos a Él pueden exponerse y eliminarse todos nuestros pecados. Cuando tenemos intimidad con el Señor, nos satura con Su vida y Su esencia. Solo los creyentes que tienen intimidad con Él estarán cómodos en la presencia del fuego eterno y no sufrirán daño cuando venga.

PROBADOS POR EL FUEGO

¿Los creyentes realmente serán puestos a prueba mediante fuego? Con certeza. Ya hemos leído sobre aquellos cuyas obras serán quemadas, pero que serán salvos “aunque así como por fuego” (I Co 3:15). También estudiamos el caso de aquellos que endurecen sus corazones contra Dios y ya no pueden arrepentirse. Esos son aquellos cuyo fin es quemarse (Hb 6:8).

Además de eso, el propio Jesucristo nos enseñó que debemos ser cuidadosos para mantener una relación íntima con Él. De lo contrario, sufriríamos graves consecuencias. Está escrito: “El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden” (Jn 15:6).

Juan el Bautista también nos advirtió sobre la importancia de dar frutos. Esos frutos son, simplemente, el resultado de nuestra continua relación íntima con Jesucristo. Pero si ignoramos este privilegio, el resultado será catastrófico. Él proclamó: “Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego” (Mt 3:10).

Aunque muchas personas han intentado usar esos versículos para mostrar que los creyentes pueden perder su salvación e “ir al infierno”, con esto, nosotros entendemos una verdad diferente. Es el fuego de la intensa presencia de Dios del que habla el pasaje. Su intensa y ardiente presencia consumirá todo lo que no sea como Él.

LA TRANSFORMACIÓN PARCIAL

Supongamos que solo seamos transformados parcialmente. Imaginemos que alguien no se haya entregado por completo a Jesucristo durante su vida y, por esto, solo haya sido transformado en parte.

Mientras la vida de Dios está llenando algunas partes del ser de esa persona, otras áreas están todavía llenas de su vida natural y pecaminosa. ¿Cuál será, entonces, el resultado cuando esa persona se presente ante el tribunal? ¿Qué acontecerá en este caso?

La respuesta es muy simple. Aquella “parte” de cualquier creyente que se haya transformado a la imagen de Cristo, ciertamente sobrevivirá en la presencia de Dios. El “fuego” no tendrá ningún efecto sobre ella. Ya se hizo eterna por la obra de Su vida eterna. Pero aquella porción de cualquier creyente que todavía permanezca natural y pecaminosa, será consumida por el fuego de Dios. No hay otra posibilidad. No será transformada instantáneamente. Dios no lo pasará por alto. No será, en aquel momento, simplemente perdonada e ignorada. Más bien, se quemará por la intensidad de la esencia de Dios. Esa parte del alma se “perderá”, en cumplimiento de la promesa de Jesucristo.

Los años de rebeldía contra la obra transformadora del Espíritu Santo darán frutos. Se revelará todo el tiempo que se perdió resistiendo la convicción del pecado en nuestra consciencia. Nuestra falta de arrepentimiento y el rechazo a la muerte de la propia vida se verán claramente cuando hayamos “perdido” aquella porción de nuestra alma que no fue transformada por el Espíritu Santo.

¿CÓMO SERÍA ESO?

¿Cómo quedaría una persona que solo se haya transformado parcialmente y, por lo tanto, haya “perdido” parte de su alma? ¿Veríamos la mitad de una persona? ¿O alguien sin brazos o piernas? ¡Por supuesto que no! ¿Cómo podría alguien salvarse “parcialmente”? ¿Cómo se manifestaría eso?

Para comenzar, debemos recordar que no estamos hablando sobre el cuerpo de una persona, sino de su alma. Por esto, es una cuestión de crecimiento y madurez espiritual.

Como somos transformados por el desarrollo de la vida sobrenatural dentro de nosotros, nuestro “grado” de transformación debe estar íntimamente ligado al crecimiento de esa vida en nosotros.

En el mundo natural, todo tipo de vida crece y madura. Es un proceso que lleva tiempo. Los seres humanos, por ejemplo, nacen como bebés, crecen para hacerse niños, se hacen adolescentes, jóvenes, adultos y, finalmente, individuos completamente maduros. En la Biblia, tenemos evidencia de que la vida espiritual también pasa por esas etapas. Ese proceso demora muchos años.

En I Jn 2:12-14, Juan escribe sobre tres grados de madurez: “hijitos”, “jóvenes” y “padres”. También hay muchos otros lugares, en el Nuevo Testamento, donde diferentes autores se refieren a “bebés en Cristo”, problemas de inmadurez, crecimiento espiritual, la necesidad de madurez, etc. Así que no hay ninguna duda de que el proceso de madurez espiritual es similar al del mundo natural.

Por lo tanto, parece muy lógico imaginar que, si ese proceso de crecimiento se interrumpiera o no se completara, el individuo no sería completamente maduro. Permanecería en la etapa de madurez donde se interrumpió su proceso. Poseería apenas el grado de madurez que consiguió alcanzar. En consecuencia, cuando el hombre natural fuera consumido, lo que quedaría sería la “parte” o el aspecto transformado de su alma. Por ejemplo, un creyente bebé en la fe seguiría siendo un bebé, un creyente joven seguiría joven y un creyente maduro se mostraría maduro.

La etapa o el grado de crecimiento espiritual que haya alcanzado sería su etapa eterna. Cualquier “grado” de madurez que aquella persona haya obtenido

sería su “edad” para siempre. Lo restante se quemará y perderá. Espero que haya quedado perfectamente claro. En la “eternidad”, los creyentes surgirán en diferentes etapas de desarrollo espiritual. No importará su edad en la Tierra. Su madurez física o terrenal no será un factor determinante. Lo que tendrá importancia, en este caso, será cuánto cooperaron con Dios, de forma que Su vida pudiera madurar dentro de ellos. Será el desarrollo de nuestra vida espiritual lo que se traducirá en nuestra condición eterna.

Probablemente, entonces, en la eternidad encontraremos creyentes bebés, creyentes jóvenes y creyentes maduros. Su apariencia estará ligada a su progreso en la vida espiritual. Ninguno de ellos será igual. Cada uno recibirá su “galardón” basado en el crecimiento de la vida de Dios en ellos.

La madurez espiritual de cada uno será la totalidad o, al menos, la mayor parte de nuestro galardón. Esto se debe a que, al igual que en esta vida terrenal, la madurez nos permitirá disfrutar las cosas más plenamente.

Los niños pueden ser alegres, pero hay muchas cosas que no pueden hacer. Los jóvenes también están limitados en su capacidad de apreciar o saborear muchas experiencias. Así que también, en el futuro, nuestra madurez determinará la profundidad de lo que disfrutaremos en Dios y todo lo que Él creará.

Mi suposición es que cada uno recibirá un nuevo cuerpo glorificado, que reflejará su grado de madurez. Es posible que, a medida que crezcamos espiritualmente, esos nuevos cuerpos puedan crecer también, demostrando un mayor grado de madurez. Esos cuerpos están siendo preparados para que habitemos en ellos en el futuro. Jesucristo está, en este momento, preparando este “lugar” para nosotros (Jn 14:2). Juntando partes de dos versículos que están en I Co 15:41, 42, leemos: “pues una estrella es diferente de otra en gloria. Así también es la

resurrección de los muertos.” Cabe destacar que el texto original en griego no estaba dividido en versículos ni oraciones mediante puntuación.

Seguramente, habrá una diferencia entre los creyentes en la eternidad venidera. Así como el brillo de cada estrella es diferente del de las demás, los creyentes exhibirán un grado diferente de gloria dependiendo de su madurez.

Naturalmente, todo esto es un misterio. Solo podemos ver esas cosas de una forma imperfecta mientras estemos en esta tierra. Pero tenemos amplia evidencia en las escrituras que muestra que las partes no transformadas del alma se perderán. Es cosa de lógica entender que lo que permanecerá será aquello que haya sido saturado con la vida y la naturaleza del Dios eterno.

MAS DIOS ES AMOR

Es posible que algunos discutan el hecho de que la parte no transformada del alma de los creyentes se destruya o se “pierda” en la presencia de Dios. Tal vez insistan en que, como Dios está lleno de amor, misericordia, compasión, perdón y longanimidad, Él no podría juzgar a ninguno de Sus hijos de una forma tan severa.

Es verdad que Dios está lleno de esos atributos maravillosos. Cuando Él aparezca, esas virtudes también se manifestarán completa e intensamente. Por ejemplo, la atmósfera alrededor de Él estará impregnada de un amor increíble. Pero como resultado de ese amor, toda nuestra falta de amor quedará expuesta. El amor que nos tenemos a nosotros mismos se verá más claro que nunca. Las numerosas veces que no actuamos con Su amor con nuestro prójimo se harán dolorosamente evidentes.

Esto no será un resultado de la falta de amor de parte de Dios, sino de la grandeza del amor que define

Su naturaleza. Sufriremos un impacto inevitable en aquel momento.

De la misma forma, las veces que no tuvimos misericordia para con otros, los momentos en que no actuamos con compasión, las situaciones en que nos negamos a perdonar a los otros y nuestra falta de longanimidad quedarán expuestos por Su ser. Su naturaleza revelará, con alarmante claridad, todo lo que somos. Si no hemos sido transformados por Su vida para que seamos como Él, sufriremos pérdidas.

Además, el hecho de que Él nos ofreció gratuitamente, a un precio tan alto, la oportunidad de cambiar y llenarnos de Su naturaleza sustituyendo la nuestra, resaltarán como nunca. Si sufrimos pérdidas cuando Jesucristo vuelva, no será por causa de Su falta de amor o porque Él no demostró Su amor por nosotros, sino por nuestra propia negligencia y desobediencia; porque no aprovechamos Su amor. No tendremos ninguna excusa o argumento. El universo verá y aceptará y concordará que Su juicio sobre nosotros es justo.

Es verdad que Dios es bueno. Él no está juzgándonos hoy. Él está interactuando con nosotros basado según Su bondad, amor y gracia. En esta era de la Iglesia, Él está reservando Su juicio mientras nos da todas las oportunidades para aprovechar nuestro tiempo y ser transformados a Su imagen.

No obstante, no podemos malinterpretar Su bondad y gracia. No podemos suponer que eso significa que el juicio nunca llegará. Este intervalo, este tiempo de bendición, debe ser una oportunidad para que nos preparemos para lo que está por venir.

En vez de relajarnos y usar esta benevolente ausencia de juicio para satisfacer la carne, debemos aprovechar este pequeño período para que nuestra transformación avance lo más posible a través de un constante y profundo arrepentimiento.

Pablo nos amonestó, diciendo: “¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad *te guía al arrepentimiento?*” (Ro 2:4).

En vez de pensar que la bondad de Dios nos excusará del futuro juicio, necesitamos entender que es esa bondad la que nos lleva al arrepentimiento para *salvarnos* del juicio.

Cuando llegue el tiempo del juicio, el perdón ya no será una opción. El tiempo de la gracia habrá terminado. La oportunidad de arrepentimiento y de transformación habrá pasado. Que Dios tenga misericordia de nosotros para que estemos preparados para recibirlo con alegría y de brazos abiertos.

LA SEGUNDA VENIDA

Jesucristo regresará. Algún día, pronto, volverá en Su gloria para destruir el reino del futuro hombre del pecado y establecer Su reino aquí en la Tierra. De la misma manera en que ascendió, descenderá para recibirnos (Hch 1:11). Este será el momento en que Él juzgará a Su pueblo. Compareceremos ante Su tribunal (Ro 14:10). Esta será la hora en que nuestra condición espiritual será expuesta, sea buena o mala.

LOS PRIMEROS CRISTIANOS

Los primeros cristianos pensaban que el regreso de Cristo ocurriría dentro de pocos años. Esperaban que regresara en cualquier minuto.

Por lo tanto, muchos vivieron como si Él pudiera llegar en cualquier momento. La mayoría no participaba en el pecado. Siempre buscaban la manera de agradarle. Se mantenían separados del mundo y de otras distracciones. Cooperaban con la obra de transformación del Espíritu Santo en ellos. En pocas palabras, vivían con la expectativa de que el regreso y

el juicio de Jesucristo podrían ocurrir en cualquier momento.

Pero a medida que el tiempo fue pasando, las cosas cambiaron. Pronto, se hizo claro que Su regreso no era tan inminente como se pensaba en el comienzo. Entonces, por seguir la tendencia natural de la raza humana, aquella urgencia y expectativa se extinguió de los corazones de algunos. Comenzaron a vivir sus vidas como de costumbre. El pecado se hizo más evidente en las primeras Iglesias. Las tendencias humanas de egocentrismo y placeres mundanos comenzaron a manifestarse cada vez más. Esas mismas inclinaciones naturales también son muy evidentes en las iglesias actuales.

Por ejemplo, es posible que hoy haya muchos cristianos que canten “Ven, Señor Jesucristo”, durante un tiempo de adoración. Pero ¿cuántos de nosotros realmente quieren que Él vuelva inmediatamente, en este minuto exacto? ¿O será que tenemos otras prioridades en nuestras vidas?

Tal vez nos gustaría casarnos primero. Tal vez estemos ahorrando dinero, ansiosos por comprar algo que queremos, como una casa o un automóvil. Es posible que tengamos planeados algunos eventos en el futuro que quisiéramos disfrutar primero. Esas cosas que atraen nuestros corazones son la evidencia de que nuestra relación con Él no se ha desarrollado lo suficiente.

Otra cosa que nos impediría desear Su regreso es la participación en algún pecado. Podría ser algo que sabemos que estamos haciendo. Nos damos cuenta que eso entristece al Señor, pero, de alguna forma, nuestra ansia carnal por ese pecado nos impide arrepentirnos y desprendernos del pecado. Nuestra consciencia nos incomoda, pero la ignoramos y endurecemos nuestro corazón un poco más. Obviamente, cualquiera que esté en esa condición no estaría ansioso porque el Señor regrese hoy.

Eso me recuerda una experiencia que tuvimos hace muchos años, en reuniones que hacíamos en casa. De vez en cuando, la presencia de Dios se manifestaba de una forma poderosa y gloriosa. Entonces, pensaba: “La semana que viene, este lugar estará lleno de gente”. “Esta reunión estuvo tan fantástica, que todos desearán volver para la próxima”. Pero, en vez de eso, la semana siguiente, no venía casi nadie. Tenían que pasar unas dos o tres semanas para que todos volvieran a ir. Esa experiencia se repitió más de una vez. Me pareció muy raro.

Mientras meditaba sobre aquel fenómeno, percibí lo siguiente: muchos cristianos no se sienten muy cómodos en la presencia de Dios. Les gustan permanecer allí un poco, pero realmente no están en paz con Él lo suficiente para *vivir* en Su presencia todo el tiempo. Quieren recibir una pequeña “dosis” de Dios de vez en cuando (como tocar el borde de su manto), pero su consciencia perturbada y su falta de arrepentimiento no permiten que permanezcan en Su presencia por mucho tiempo. Esas personas no viven en el Espíritu.

Me viene a la mente otra situación. Hace muchos años, cuando yo era un joven creyente y soltero, vivía en una casa con varios jóvenes cristianos. Un día, un hermano, que tenía fama de buscar experiencias realmente “espirituales”, me pidió que orara con él. Estábamos en la sala de estar y comenzamos a buscar el rostro de Dios. ¡Y lo encontramos! Comenzamos a sentir Su presencia cada vez más intensa. Empezamos a entrar a lugares celestiales en Cristo Jesús (Ef 2:6). La sensación de la presencia de Jesucristo parecía cada vez más real. La gloria del Señor brillaba a nuestro alrededor. Parecía que Él luego iba a aparecer físicamente frente a nosotros.

De repente, para mi total sorpresa, el hermano gritó: “¡Para, para!”. Aquel era su límite. Él no quería más de esa presencia. No se sentía cómodo en la presencia del

Señor con tal intensidad. Y Jesucristo paró. La experiencia rápidamente se disipó. Dios respetó sus límites en aquel momento. Hoy, del mismo modo, Jesucristo nunca traspasará forzosamente las barreras que existan entre Él y nosotros.

TODOS COMPARECEREMOS DELANTE DE ÉL

Sin embargo, un día compareceremos delante de Él. No habrá ninguna “parada” ese día. Estaremos delante de Su ardiente presencia, pura e intensa. No habrá lugar para esconderse. Quien no esté listo, no tendrá como escapar. Todo lo que esté en nuestros corazones será expuesto.

¿Y usted? ¿Cómo está viviendo hoy? ¿Está viviendo en el temor del Señor? ¿Se avergonzaría si Él apareciera ahora? ¿Se sentiría satisfecho Él si lo encuentra haciendo lo que está haciendo y viviendo de la manera en que está viviendo?

¿Está usando su tiempo sabiamente para prepararse usted y preparar a otros para Su venida? ¿Se ha arrepentido cada vez más, a fin de ser transformado a Su semejanza? ¿Usted es alguien que verdaderamente ama Su venida? (II Ti 4:8)?

Si la respuesta es positiva, lo oírás decir esto: “Bien, buen siervo y fiel; (...) entra en el gozo de tu señor” (Mt 25:23). De lo contrario, usted será avergonzado y sufrirá una pérdida irrecuperable en Su presencia y delante de todo el universo.

“Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición [eso no significa “infierno”, sino la pérdida del alma en la presencia del Señor], *sino de los que tienen fe para preservación del alma*” (Hb 10:39).

OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR EN ESPAÑOL:

DE GLORIA EN GLORIA

La transformación del alma

Este libro aborda de una manera seria y desde una nueva perspectiva muchos conceptos enseñados en la Iglesia evangélica de nuestros días. El lector encontrará tópicos que, además de estimular una profunda reflexión, abrirán paso para una comprensión de los propósitos de Dios mucho más amplia de lo que probablemente haya logrado hasta ahora. Si tiene hambre del conocimiento de Dios y un corazón abierto y sincero para recibir Su verdad, tenemos total confianza de que Él usará este libro para revelársele de una manera más completa y poderosa.

***OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR QUE
PRÓXIMAMENTE
SE TRADUCIRÁN A ESPAÑOL:***

VENGA TU REINO

En la tierra como en el cielo

Este libro no es simplemente una investigación más sobre las profecías que hacen referencia a los últimos días. En vez de esto, es una discusión acerca de un aspecto del evangelio de Jesucristo muy descuidado: el evangelio del reino. En la Iglesia actual, numerosos creyentes ignoran completamente la importancia del reino milenar que vendrá, y el impacto que este reino debe tener en sus vidas actuales.

Este libro pretende cubrir esta brecha. Puede que en su contenido encuentre muchas cosas nuevas y diferentes. Pero esto no debe frenar a aquellos que tienen una sed genuina de Dios y de Su verdad. Este libro fue escrito con la expectativa de que todos los que

aman a Jesucristo y desean conocerlo más profundamente puedan encontrar muchos beneficios.

ANTICRISTO

La venidera aparición del anticristo y el establecimiento de su reinado ha sido materia de intensas discusiones a lo largo de la historia de la Iglesia. Ya que el panorama actual parece indicar que pronto será el final de nuestros días, tal discusión se ha tornado todavía más importante.

BABILONIA

En este libro, encontrará un análisis coherente y actual sobre muchas visiones descritas en el libro de Daniel. Tales análisis podrán ayudar los lectores a entender los eventos que precederán la venida del anticristo, en el contexto de nuestra presente situación mundial.

SEÑALES DEL FIN

Con este libro, el autor desea ayudar a los creyentes a identificar las señales del fin que están ocurriendo actualmente (y que muchos no han percibido) y a prepararse para lo que se aproxima.

¡DEJA IR A MI PUEBLO!

¡El regreso de Jesucristo se aproxima! Pero Su novia, la Iglesia, no está preparada para recibirlo. Lamentablemente, está llena de manchas y arrugas, y

necesita pureza y santidad. De hecho, su condición parece cada vez más precaria.

Entonces, ¿qué es lo que Jesucristo quiere hacer en este momento? ¿Cómo podemos ayudarlo a cambiar esa situación? En este libro, encontrará una respuesta bíblica y práctica para esas y otras interrogantes, además de una nueva visión sobre los propósitos del Dios vivo para la actualidad.

AUTORIDAD ESPIRITUAL GENUINA

Sin duda, la sumisión a la autoridad es esencial para cada cristiano sincero. Pero ¿a quién debemos someternos? Hoy en día, hay muchas voces afirmando ser la autoridad verdadera, pero ¿cómo podemos distinguir la autoridad real entre las imitaciones?

En este libro, encontrará una nueva perspectiva, una nueva manera de entender este asunto en la Iglesia actual. El objetivo de este mensaje es enseñar cómo reconocer el liderazgo del Espíritu Santo cuando Se manifiesta en el cuerpo de Cristo.

El deseo del autor es que Dios pueda usar este libro para ministrar más de Sí mismo a usted.

SEMILLAS 1 Y 2

Estas publicaciones, entre otras, reúnen 19 estudios lanzados por David W. Dyer. Tratan asuntos diferentes, pero con una gran profundidad.

En “Guardar el sábado o no”, hace un análisis sincero sobre el asunto desde una perspectiva poco conocida en el medio cristiano.

En “Tres principios esenciales”, descubrirá que formar parte de la Iglesia y experimentar el cuerpo de Cristo pueden ser dos experiencias diferentes. Muchos miembros del cuerpo todavía no han tenido una

experiencia sobrenatural con el cuerpo de Cristo, y en este estudio conocerá los pasos imprescindibles para lograrlo.

En “El sacerdocio”, el autor destaca el tema del llamado de cada cristiano al sacerdocio, algo que muchos han descuidado y que muchos otros desconocen.

LUZ EN LA ESCURIDAD

¿Cómo podemos ser liberados de la influencia de espíritus malignos y del poder de las tinieblas?

¿Cómo podemos ser liberados de nuestro propio pecado y egoísmo?

¿Es posible ser realmente cambiado y liberado del pecado?

Estas son las preguntas que aborda este pequeño libro.

Si busca la libertad, la verdadera libertad, que se encuentra en Jesús, este libro es para usted.

EL EVANGELIO OCULTO

¿Por qué la Iglesia Cristiana de hoy está tan llena de ego y pecado?

¿Es posible que no nos hayamos dado cuenta de algo?

Algunas interpretaciones inadecuadas de palabras griegas importantes que encontramos en los antiguos textos bíblicos han hecho que muchos reciban actualmente un mensaje diluido.

El mensaje bíblico, cuando se entiende correctamente, es mucho más transformador y poderoso de lo que muchos imaginan.

Este libro revela algunas verdades bíblicas importantes que han permanecido ocultas durante siglos.

**PARA CONSEGUIR LOS LIBROS SIN COSTO,
VISITE NUESTRO SITIO WEB:**

www.granodetrigo.com

CONTACTO:

David W. Dyer

e-mail: davidwdyer@yahoo.com

Nos comunicamos en inglés y portugués.

Visite nuestro sitio web: www.GranoDeTrigo.com

(Contraportada)

Muchas personas consideran la idea del arrepentimiento como algo negativo. Incluso aquellos que ya son cristianos a veces piensan que es innecesario. Pero la gran verdad es que el arrepentimiento es una condición vital para que podamos experimentar las obras maravillosas y eternas que Dios quiere hacer en nuestras vidas.

Este libro trae una nueva perspectiva sobre este importante tema, con el objetivo de revelar a todos, incluso a los que ya creen, el tremendo beneficio que obtendremos si permitimos que Dios nos lleve a una experiencia de arrepentimiento cada vez más profunda.

Sin duda, todos aquellos que estén abiertos a la obra de Dios en sus vidas recibirán de Él más revelación y serán testigos de una verdadera obra de transformación en sus almas. Oramos para que, al leer este libro, Dios le ayude a experimentar Su obra en su plenitud.

PUBLICACIÓN DEL MINISTERIO GRANO DE TRIGO